

Reseñas

ANNINO, Antonio y GUERRA, Francois Xavier. 2003. *Inventando la Nación Iberoamericana, Siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica. Por Carlos Alberto Murgueitio Manrique.

Este libro está compuesto de una recopilación de trabajos realizados por historiadores de diferentes universidades europeas e iberoamericanas. En el texto, buscan responder a diversos cuestionamientos en referencia al tema de la nación en América Latina, desde su prematuro boceto generado por las divisiones territoriales en reinos y provincias en el siglo XVI, pasando por las nuevas concepciones borbónicas y la creación de nuevas instituciones político-administrativas, intendencias, capitanías y nuevos virreinos, hasta la formación definitiva de los estados y sus respectivas concepciones nacionales, reproducidas a partir de un proyecto culturalista criollo y un proceso de autodefinición local y regional, frente a las coincidencias o semejanzas de las partes de un imperio único que hizo implosión.

Los autores incluyen en la obra el tema nacional en Brasil y los procesos de construcción nacionales en las repúblicas hispanoamericanas, desde la era de la independencia hasta las guerras civiles, entre los diferentes caudillos defensores de posiciones inclinadas tanto al centralismo unificador, en torno a las ciudades más importantes, como a las posiciones federalistas, más apropiadas a las regiones rurales o periféricas y a las formas de integración centrífugas.

El estudio de la nación en América Latina tiene sus peculiaridades propias que, según los autores, se distancia considerablemente de las experiencias vividas tanto en Norteamérica como en Europa, ya que resulta de la desintegración de una construcción política precedente. Su precoz nacimiento revela las diferencias que existen entre las concepciones de nación conocidas en la época: la separación de la nación como una comunidad política soberana, la de la nación como asociación de individuos ciudadanos y la de la nación como identidad colectiva con un imaginario

común compartido por todos los ciudadanos. En la América Española, la nación es a la vez un punto de partida y un proyecto en parte todavía inacabado. Su construcción y consolidación ha dependido del tiempo, de un proceso de asimilación o fusión de las identidades culturales diversas, producto de una sociedad dividida en forma de castas, pero también de la reafirmación de un proyecto identificador fomentado por ciertos valores, simbologías y mecanismos de aculturación específicos, que han buscado definir los límites entre los diferentes sentimientos nacionales.

Si bien los autores buscan imprimir un sello americanista en su comprensión del proceso histórico de los países iberoamericanos, no logran desprenderse de las cosmovisiones eurocéntricas, privilegiando a la elite criolla en sus apreciaciones, sin darle la importancia que se merece al flagelo sufrido por las comunidades y sociedades americanas prehispánicas, tras la llegada de los europeos y el establecimiento de lazos de convivencia durante la era colonial, así como ninguna sola mención al problema de la esclavitud de las masas de esclavos africanas, quienes en la mayor parte de los casos aportaron los gruesos de las tropas en las causas independentistas. No existe una sola nominación a las revueltas localizadas, pero al fin y al cabo conflictos o levantamientos protagonizados tanto por grupos indígenas como por negros libertos o cimarrones. Esta omisión se presta para vanagloriar la versión criollista de la historia y subvalorar los aportes culturales, económicos y sociales de las masas de oprimidos en la construcción de las naciones iberoamericanas.

La primera reflexión importante que deja el libro es la definición misma de Monarquía Católica, concebida como un edificio jerarquizado compuesto por reinos, virreinos y provincias, tanto en América como en Europa y sus tradicionales autonomías políticas, cuyo centro de referencia giraba en torno al monarca, representante de Dios en la tierra y defensor del credo católico en el mundo frente a las amenazas del Islam y de los reinos protestantes y heréticos del norte. Este providencialismo imperial español serviría de soporte justificador de su obra evangelizadora en los nuevos territorios adquiridos a lo largo y ancho del mundo. La Iglesia estará desde el principio implicada en dicha obra constructora, casi que fundiéndose o complementándose con la figura del monarca. Tal y como lo expresa en uno de los trabajos el ministro de Felipe II, Juan de Palafox, "(...), la unión de los diversos reinos y provincias de la monarquía española

debía fundarse en el carácter y la función religiosas del Rey en Europa y en ultramar”.

Al mismo tiempo, se trata de generar un debate en torno a las querellas de los primeros encomenderos con la Corona, en relación a las concesiones de indios y de grandes extensiones territoriales a los conquistadores, después retiradas tras la puesta en marcha de las tesis de defensa de los nativos americanos realizadas por el dominico Fray Bartolomé de las Casas. Los sueños de los conquistadores de establecer una sociedad feudal en el Nuevo Mundo se desvanecieron, dándole paso a nuevas formas de inclusión de la mano de obra indígena, sometida directamente a la autoridad del rey y sus ministros, y redistribuida en ciudades o asentamientos alrededor de iglesias e instituciones políticas y judiciales correspondientes.

Es importante traer a colación el problema de los encomenderos, ya que su derrota se vio reflejada en la ausencia de una nobleza criolla que, hubiera para muchos autores, mantenido estrechos vínculos de sangre y por lo tanto de cooperación perpetua con la Corona y la metrópoli. Sin embargo, al haber destruido el poder de los mayores encomenderos, las familias de éstos sufrieron vejámenes y terminaron incluyéndose dentro de las órdenes religiosas para lograr sobrevivir a las privaciones materiales a las que se vieron sometidas. En 1568, Juan de Matienzo, Oidor de la Audiencia de Charcas en el Perú, recomendaba establecer un sistema mixto de gobierno real y señorial, creando así un equilibrio de poder entre la Corona y la nobleza americana, similar al que prevalecía en España. Apoyando esta iniciativa, Solórzano revisó la legislación que regía las encomiendas y, citando al derecho feudal, pronosticó que la preservación de todo el reino dependía de la existencia de una clase noble, rica en vasallos. Favoreciendo a las familias de los encomenderos tanto en los puestos públicos, como en otros cargos seculares, eclesiásticos y militares, prefiriendo siempre a éstos que a los extranjeros, advenedizos y peregrinos.

La enorme distancia entre los territorios americanos y la metrópoli, era la causa que les impedía a los criollos el fácil acceso a la Corte, fuente de todos los favores y beneficios. Los criollos eran demasiado pobres para comprar cargos y los mercaderes peninsulares radicados en las provincias y reinos americanos empleaban su riqueza en adquirir puestos de regidores y alcaldes. En muchos casos, los virreyes se mostraban reacios a aplicar

las reales cédulas que ordenaban dar preferencia a los descendientes de los conquistadores, con el pretexto de que muchos de ellos no estaban capacitados para ejercer funciones importantes. Estas situaciones que implicaron la pérdida de poder relativo de los criollos americanos frente a los peninsulares comenzaron a existir desde el siglo XVI y XVII, bajo el dominio austríaco, a medida que fueron avanzando los paquetes reformistas de los Borbones, las distancias se profundizaron hasta ocasionar enfrentamientos. Desde 1680, Madrid introdujo la venta sistemática de cargos coloniales en todos los niveles del gobierno, como era de esperarse la mayor parte de ellos fueron ocupados por peninsulares, ahondando el resentimiento de los americanos, excluidos tanto del alto gobierno como de los privilegios de la nobleza.

Los autores realizan un análisis de los efectos políticos que tuvieron las reformas borbónicas en la administración del imperio español, encontrando parte de las explicaciones por las cuales los americanos optarán por un divorcio frente a la metrópoli cuando las circunstancias internacionales así lo permitieron. Realizando una comparación superficial con el proceso de poblamiento y crecimiento económico característico de las colonias británicas de Norteamérica, se encuentran también parte de las explicaciones que les servirán para comprender las realidades del proceso histórico. Mientras las provincias españolas mantuvieron estrechos vínculos culturales y espirituales con la Iglesia Católica, cuya lealtad al Imperio había sido constante, en una relación simbiótica, en las colonias norteamericanas la tolerancia religiosa había impedido excesos de poder político y religioso a cualquier iglesia. Al mismo tiempo que se manifestaban diferencias evidentes en cuanto a los costos de transporte de mercancías entre los imperios, ya fuese por las diferencias topográficas de los territorios, así como por las tasas, tipos de interés y tributos, que siempre fueron mayores en Hispanoamérica que en las colonias inglesas.

Mientras las colonias inglesas mantuvieron una estabilidad en el orden institucional y libertades mayores de autogobierno y derechos civiles, las reformas borbónicas rompieron la historia colonial del imperio hispanoamericano, conllevando a inconformismos resultantes de las transformaciones propias de los cambios. También sería pertinente diferenciar a los sistemas coloniales en relación a las castas constitucionales de las jerarquías

de poder dependientes del color, frente a una mayor homogeneidad racial y cultural en las provincias del norte.

La enérgica protesta sucedida en la América española frente a las medidas estructurales tomadas contra la Iglesia y en particular contra la Compañía de Jesús, por sus tesis tiranizadas y por la influencia enorme que ésta ejercía en el ambiente criollo, durante el gobierno de Carlos III se manifestó en inconformismos y rechazos de la población criolla americana frente a los dictámenes dirigidos a la consolidación del absolutismo en la península. Tal y como Montesquieu señalaba, "Quitad a la monarquía las prerrogativas de los señores, del clero y de la incipiente nobleza, y tendréis pronto un estado popular... el fuero clerical es el único fuero especial que los estrecha al gobierno". Además, la decisión tomada por el mismo monarca de excluir a los criollos de los puestos importantes del gobierno, perjudicaba aún más a los partidos americanos, generando acalorados debates en el seno mismo de las instituciones españolas, sobre todo tras las Capitulaciones de Bayona, y el entreguismo de los monarcas españolas a Napoleón entre 1808-1812.

Los autores profundizan en el análisis de las instituciones imperiales, con el fin de encontrar los antecedentes de la independencia americana en las nuevas articulaciones políticas, como expresión de nuevas identidades históricas, que desde la colonia y con más fuerza tras las reformas borbónicas prefiguraban los futuros estados independientes que surgirían después de las guerras de emancipación. Tras un estudio riguroso sobre la evolución institucional del imperio hispanoamericano, los autores encuentran que los nacientes nacionalismos encontrarán sus bases en las estructuras socioeconómicas regionales y en una articulación política más o menos colectiva, los comienzos de la formación de entidades protoestatales por debajo de la estructura estatal imperial. Los nuevos estados surgirían pues, de las divisiones administrativas coloniales con algunas modificaciones territoriales producto de las guerras, las fuerzas económico-sociales y las estructuras burocráticas imperiales.

Los esfuerzos de la Corona por imponer y homogeneizar las normas de gobierno en América; y por lograr una aplicación inmediata de los nuevos principios gubernativos, conllevó al otorgamiento de beneficios económicos y políticos a los americanos, tales como los decretos de libre comercio y la

formación de nuevos reinos, capitanías e intendencias. Sin embargo, estas reformas no pueden comprenderse si no se entiende la debilidad en que se encontraba el poder metropolitano. La difusión del concepto de colonias para las antiguas provincias y reinos americanos profundizó la crisis, que sorpresivamente comenzaría en dos provincias lejanas a los centros virreinales tradicionales, como serían Venezuela y Buenos Aires. Mientras las elites criollas de los antiguos virreinos conservaron hasta muy tarde las ideas tradicionales de la representación. Es, sin embargo, sorprendente que no se mencione por ningún lado la naturaleza de los partidos conspirativos contra el poder español, ni se profundice en las fuerzas ilustradas de la masonería como motor principal de las revueltas criollas, por lo menos en referencia a las anteriores provincias mencionadas como el epicentro de los bandos insurreccionales. Lo que sí se nombran son las fuentes de las cuales se extraen las concepciones políticas que influirán en las nuevas constituciones republicanas, tanto el contractualismo, como las tendencias ius naturalistas modernas, la teología política de los jesuitas españoles del siglo XVI y una peculiar interpretación rousseauiana.

En el tema del ocaso de la monarquía hispánica se realiza, con envidiable maestría, una aproximación a la invasión napoleónica de la península y a sus consecuencias, además de un seguimiento a los sesiones de las Cortes de Sevilla y Cádiz, a los debates mantenidos durante la promulgación de la constitución liberal entre los bandos españoles y americanos. Ambos incluyendo dentro de la redacción de los textos, un conjunto de ideas, principios, imaginarios, valores y prácticas características de la modernidad política. También se expone claramente la manera como los pueblos americanos, marcados por un agudo tradicionalismo social tanto en los temas religiosos como en los políticos, fomentan en algunas localidades un rechazo absoluto a las nuevas legislaciones liberales, movilizándolo a la población a una contrarrevolución, que incluía en sus proclamas, el rechazo al invasor, la fidelidad al rey y una explosión del patriotismo español.

La acefalía en que quedó el Imperio es comparada con las medidas oportunas que emplearon los Braganza en Portugal, movilizándolo la Corte hacia Río de Janeiro con ayuda de la marina inglesa. Se hace por lo tanto referencia al Plan del Ministro Godoy, quien recomendaba el traslado de la Corte de España al Nuevo Mundo. El motín de Aranjuez se lo impediría. Las consecuencias de estos hechos, expuestas en esta obra, explican

cómo cada ciudad, cada pueblo, cada comarca del gran imperio tuvo que reaccionar sólo, incluso sin saber las reacciones que habían tenido las ciudades más próximas. El vacío de poder fue entonces reemplazado por un nuevo poder que emergió del pueblo, cuando se rompieron, por las circunstancias propias de la crisis, y sin que nadie se lo propusiese, los lazos ancestrales que mantenían unidas a las provincias americanas con el poder metropolitano.

Es curioso que no se mencione tampoco el tema de la reconquista. Cuestión que le quita rigurosidad a la obra y deja visibles sus intenciones hispanófilas. Si bien profundiza sobre la primera emancipación americana producto de la coyuntura europea, no le otorga créditos a la posterior empresa americana, de la guerra a muerte contra España. Es importante la mención constante que hacen los autores a las disputas y diferencias suplementarias que enfrentaron a las diferentes ciudades céntricas o periféricas quienes buscaban mantener o expandir su poder por medio de la subordinación de otras comunidades, proyectándose políticamente la formación de partidos, unos favorables al mantenimiento de los gobiernos virreinales sobre los territorios dominados y otros inclinados a adoptar un sistema político federal, que impidiera las hegemonías tradicionales de las grandes ciudades y respetara parte de las tradiciones autonómicas mantenidas durante siglos en las inmensidades andinas.

Por otro lado, no todas las antiguas entidades políticas americanas proclamaron la libertad con respecto a España, este punto está bien desarrollado y me sirvió mucho para comprender la realidad de los acontecimientos en América. Cada ciudad, pueblo o villa decidió si aportar o no su apoyo a la América insurrecta, cuestión que provocó un incendio interno en cada una de las antiguas provincias, capitanías o virreinos. Estos hechos permitieron la reconquista y por lo tanto la independencia definitiva y radical, cuestión que, como dije, no es abordada y por lo cual es identificable el espíritu europeísta y conservador de la obra, pese a que algunos académicos americanos aporten al trabajo general.

El libro hace referencia al tema de la soberanía como un componente indispensable de la emergencia del estado-nación moderno, y muestra cómo en América el debilitamiento de la soberanía central reforzó a la provincial, por medio de la redistribución de la soberanía española a los cabildos

provinciales. La supervivencia de la mentalidad habsburguesa fue siempre evidente, el modelo del estado mixto, con amplias autonomías territoriales y corporativas no pudo ser desmantelado totalmente en el componente americano del Imperio, cuestión que impidió un entendimiento tendiente a la negociación con las nuevas autoridades absolutistas. Las querellas propias de cada una de las entidades políticas americanas implicaron enormes niveles de anarquía, dominante durante buena parte del proceso político republicano y, por lo tanto, al caudillismo o personalismo político militarista en las sociedades hispánicas del Nuevo Mundo.

Pese a que la obra es un buen intento de englobar a la inmensa región que conformaba el Imperio Hispanoamericano, da la impresión de que se toman muchos ejemplos que hacen referencia a los casos de México, Perú y algunos atisbos sobre el caso de Buenos Aires. En este sentido, dejan de lado los procesos políticos e institucionales de la mayor parte de las regiones periféricas, como Centroamérica, el Virreinato de la Nueva Granada, el Alto Perú, Chile y hasta Venezuela y el Caribe, cuestión que perjudica las visiones de tipo regional y local propias de esos casos. El universalismo mexicano está expuesto en su máxima expresión, ya sea por la importancia veraz de esta región del imperio o por la presencia mayor de académicos de aquella nacionalidad en los trabajos conducentes a la edición de esta obra.

Si bien este libro nos permite generar preguntas y nos ayuda a entender más a profundidad algunos puntos dejados de lado por las versiones patrióticas de las historias nacionales, cambiándolas por una visión más general y continental, no es del todo satisfactorio evadir las gestas militares de la emancipación, que si bien han sido sobrevaloradas con cargas mitológicas y prosaicas, influyeron definitivamente en los destinos políticos de los nuevos pueblos y sus historias independientes. En términos generales, la obra es de gran provecho para cualquier académico que quiera acercarse a la historia colonial e independiente de las repúblicas hispanoamericanas, y debería ser un libro más difundido en las instituciones de enseñanza superior, como instrumento para deconstruir las historias nacionalistas enfocando al mundo académico a un análisis más general, que nos ayude a entender las diferencias y semejanzas entre cada uno de los antiguos componentes territoriales y sociales del Imperio Hispanoamericano.

BURKE, Peter y Asa, BRIGGS. 2002. *De Gutenberg a Internet. Historia social de los Medios de Comunicación*. España: Editorial Taurus. Por Antonio Ricoy Céspedes.

Peter Burke y Asa Briggs, historiadores de las Universidades inglesas de Cambridge y Oxford, respectivamente, ofrecieron el año 2002 un libro común: *De Gutenberg a Internet. Una Historia Social de los Medios de Comunicación*. Ambos autores han sido catalogados dentro de la corriente que denominan *Nueva Historia Cultural*. En ella se incluyen, como en un conjunto aglutinante, variadas formas del *hacer histórico* desarrolladas durante los últimos cincuenta años.

Esta corriente metodológica es caracterizada por una serie de acercamientos al hecho y al fenómeno histórico, que abarca desde las visiones *desde abajo* –estudios históricos a partir de grupos sociales no protagonistas– hasta interpretaciones estructuralistas y constructivistas, en las cuales predominan los desarrollos ideológicos de las instituciones.

La obra es una apretada síntesis de 500 años de historia, en los cuales, queda como telón de fondo la unidad y continuidad que existe en el saber y en el desarrollo humano. Los autores, dado el carácter divulgativo del texto, intentan ofrecer una visión de los hechos, fenómenos y procesos que, en conjunto, provocaron lo que el siglo XX conoció como la *Revolución de los Medios de Comunicación*.

A continuación ofrecemos una breve reseña del contenido estructurada de la siguiente manera: breve análisis del marco general de la obra; visión crítica de los dos grandes apartados; exposición de contenidos por capítulos y, finalmente, una visión crítica conclusiva.

Una rápida visión de los términos finales del texto puede ayudarnos como elemento de fondo del proceso comunicacional que los autores han tratado de desarrollar en escasas 400 páginas. Comentan que la palabra que se asocia hoy día con los medios es *tecnología*, entendida como desarrollo. Sin embargo, la historia de los medios, en el amplio sentido de Burke y Briggs, está fundamentada más bien, en el término *comercio*, bien sea económico, bien ideológico.

Este mismo hecho, no concluye, según los autores en ese aspecto. Para ellos, tomando prestados los conceptos de Bill Gates –el hombre fuerte

del presente tecnológico— el mundo electrónico o digital es la culminación de la *Revolución del consumo*; y ésta, a su vez, es término de la *Revolución de la producción*.

Para llegar a esta apreciación intentan una aproximación desde la perspectiva del esquema clásico de las ciencias de la comunicación desarrollado por Laswell: quién dice qué, a quien, en cuál canal y con cuáles consecuencias. Desde su perspectiva el comercio es el mecanismo de control, éste lo ejerce quien comunica; y los medios, a grandes rasgos, constituyen un contexto más extenso que el propio canal. Pareciera que, sin quererlo, convalidaran la tesis de Mc Luham, *el medio es el mensaje*.

Dividen el texto en ocho grandes capítulos. Los tres primeros bajo la pluma de Burke; los otros, corresponden a Briggs. Aunque ofrecen una clara continuidad temporal, nos parece que sus páginas corresponden a dos visiones claramente definidas sobre las cuales hablaremos a continuación.

En la primera, antecede la introducción como primer capítulo del cuerpo del texto. Cumple la función de marcar, brevemente, las pautas del trabajo en conjunto, aunque en realidad conecta la unidad de los procesos comunicacionales desde la antigüedad hasta el Renacimiento; una especie de puente dentro de su concepción de unidad y continuidad de hechos y procesos, que sirve para engarzar con el periodo histórico que realmente es su objeto de estudio. Lo más resaltante del capítulo es el desarrollo de una visión de los medios desde el siglo XV al XVIII, con una excelente aproximación al campo de la *esfera pública*, que priva sobre la simple enumeración de los fenómenos que dieron lugar a los medios que hoy conocemos.

Por su parte, la segunda sección, contempla una suerte de aproximación a los desarrollos industriales y tecnológicos que, nuevamente en unidad y continuidad, provocaron la revolución de los medios que caracterizó al siglo pasado. Es entonces cuando echamos en falta una visión de los medios desde perspectivas no funcionalistas. Lo cual, aunque desde el principio fue notificado al lector, no deja de presentar una visión truncada de los medios.

Desde las primeras páginas, Briggs y Burke, establecen su marco general de trabajo. En su texto encontraremos una visión amplia de la comunicación de la información y de ideas desde el campo oral personal hasta el

mediático masivo. Abarca brevemente desde la llamada *Revolución de la Imprenta*, en el siglo XV, hasta el *ciberespacio* del momento presente; pero sólo para el occidente y, además, el occidente industrializado.

Desean hacer una historia social y cultural que tenga en cuenta la multiplicidad de facetas del hombre en sociedad; por tanto, engarzan su discurso desde una dinámica política, económica y tecnológica. Evitan el determinismo tecnológico, pues consideran que descansa en reducciones poco veraces. Todo esto implica ver el fenómeno de los medios no sólo como una extensión necesaria del progreso científico-técnico.

Para ellos, cuando los procesos comunicacionales se observan como sistemas, es de suma importancia ampliar el radio del canal en el modelo de Laswell. Por tanto, además de interesarse por los factores del proceso —el contenido, el control y el público—, importa mucho más el contexto; y éste, en su función biyectiva de alimentación y retroalimentación. Intentan, a mi juicio sólo como enunciado, deducir cómo los cambios en los medios han provocado reformulaciones sociales y culturales, y viceversa; además de esbozar su alcance, lo cual; es desarrollado someramente.

Tratemos, a continuación, de hacer una breve reseña de los temas de cada capítulo. La sección de Burke abarca un largo periodo que discurre desde 1450 a 1789, o lo que se denomina: *de la Revolución de la Imprenta a la Revolución Francesa*. El capítulo segundo viene a desarrollar los hechos y procesos con especial énfasis en la escritura y sus influencias.

Los datos aportados sobre publicaciones varias de la época estudiada y la versatilidad de funciones que puede cumplir, permite entender el fenómeno comunicacional y el papel de los medios como una intrincada red de fenómenos que abarcan desde la comunicación oral y visual, de carácter literario y religioso, a las formas políticas de gran calado social, como será la prensa política.

En estas páginas llama la atención la desmitificación de tres conceptos comunicacionales muy ligados al mundo moderno. Para el autor, tanto los flujos de información, la estandarización como los mecanismos multimediales, tienen su irrupción desde los inicios de la edad moderna.

Los primeros se reflejan en la unidad existente entre la comunicación y los factores económicos y de poder tanto socio-políticos como religiosos. Esos flujos se originan de los centros de poder y cuentan con los mecanis-

mos ofrecidos por los medios existentes, tal como hoy día observamos en el campo mediático. La existencia de flujos de información se evidencia tanto en las Cortes españolas de Carlos V y Felipe II, como en los ámbitos religiosos de Roma u Holanda y, se manifiestan, a través de los manuscritos, cartas reales y oficios.

La estandarización se detecta en la creación de patrones culturales que derivan a través de formas escritas y visuales de la época. Asumo con los autores, con perdón de los estudiosos de la Escuela de Frankfurt, que, dado el auge de los mercados, el origen de la industria cultural haya que buscarlo en los tratados de comportamiento, las gramáticas y otras publicaciones del siglo XVI. En ellos se fijaban pautas y modelos de conducta y comportamiento.

Por último, la aproximación a lo multimediático. Aunque para algunos pareciera una interpretación forzada, cabe mencionar que Burke incluye en esta categoría a los rituales, espectáculos, piezas teatrales, ballets y óperas, por ser formas combinadas de medios. Lo cual, en sentido estricto, es cierto; pero, desde la perspectiva de otros tantos autores, parece más conveniente tratarlos separadamente del sistema mediático, pues tienen comportamientos, leyes y dinámicas históricas propias derivadas, quizá, de la naturaleza *lúdica* del hombre.

Finalmente, y he aquí a mi juicio el más importante aporte de Burke, intenta en el tercer capítulo una aproximación novedosa al término comunicacional *esfera pública*. Lo valioso es que aporta una revisión del tema de discusión, mediante la cual se enfrenta a la postura, ya clásica, de Jürgen Habermas. Y con la esfera pública, como corolario inmediato, la formación de la *cultura política* y el importante papel de los medios en su conformación.

Para Burke la esfera pública se desarrolla desde mucho antes de que la Ilustración –racionalista y crítica en el sentir de Habermas– estableciera su dominio sobre lo público. Para el autor cada debate socio-político de esa larga época (la Reforma religiosa, las guerras de religión, las revoluciones como la Gloriosa en Inglaterra o la Francesa) conllevaron la creación de esferas públicas reducidas, temporales o coyunturales, pero con un profundo y amplio flujo de información a través de los espacios públicos pertinentes para la época. En todos ellos las *elites comprometidas apelaban al pueblo y en*

esas luchas los medios, en especial los impresos [panfletos, los periódicos y los pasquines populares], contribuyeron al auge de una conciencia política... No podemos negar que el enfoque sea novedoso y que su aceptación rompiera viejos moldes académicos. Sin embargo, parece una simple aproximación intuitiva que requiere un mejor y más profundo desarrollo.

Todos estos hechos dan un vuelco en la siguiente sección. La aproximación al ámbito político de los medios es opacado por el carácter productivo de los mismos. El trabajo de Briggs ofrece una visión general del fenómeno de tecnificación a partir de los procesos cambiantes de la Revolución industrial. Así los capítulos cuarto y quinto ofrecen un marco cronológico sobre el desarrollo de las comunicaciones, desde el advenimiento del vapor hasta las décadas de 1920-30, momento en que existían muchos *instrumentos mediáticos y se crearon nuevas organizaciones en el sector, algunas de las cuales se convertirían muy pronto en instituciones*. Del ámbito político de los medios en la modernidad damos un salto a la formación de la industria en la contemporaneidad. Justifican el salto, mediante la observación de que, en cada rama de esa nueva industria, existen múltiples conexiones y superposiciones económicas, sociales y tecnológicas que las que observamos en el pasado. Ahora el control es netamente económico y los medios una extensión del mismo.

Estos capítulos exponen de manera erudita —con multitud de citas y comprobaciones— la cronología de los *modelos* que no son más que, en palabras del autor, las *historias de los diversos y nuevos artilugios de comunicación que, mucho antes que el transistor, prepararon el camino a lo que no sin exageración se ha llamado La Revolución de los medios del siglo XX*. Así, aunque hace una sólida exposición de la historia de todos y cada uno de los avances técnicos y mediáticos (ferrocarril, telégrafo, cine, televisión, etc.), falla a la hora de exponer una visión psico-sociológica de los medios. Más en una época que, como en 1920, se despliegan novedosos y necesarios conceptos como multitudes, masas y públicos.

Se contenta con observar desde la talanquera el creciente proceso de industrialización y el surgimiento de la sociedad de masas, casi de manera separada. Siguiendo su objetivo inicial expone los modelos explicativos de la comunicación, pero en función de la historia de medios; no se acerca a estudiarlos en función económica-cultural y mucho menos, desde la perspectiva de la comunicación política.

Se podría objetar que, dada la finalidad del libro, no era necesaria una aproximación crítica a la historia de los medios. Lo cual sería cierto de no existir el capítulo sexto, en el cual se desarrolla la historia con una tónica totalmente funcionalista. En él desde su misma titulación, *Información, educación y entretenimiento*, se observa el carácter comercial de la historia de los medios impuesta en sus últimas páginas; aspecto que anunciamos al inicio de este trabajo.

Por este motivo nos parece tan acertado que Briggs haga suya la siguiente frase para caracterizar el último siglo: *La gran inflexión* de la humanidad es el salto de la tecnología. Bajo esa premisa expone la característica del mundo tecnológico moderno. En él la *convergencia*, entendida como la integración de los modelos de medios, es pieza clave pues determina la posibilidad de crear un solo producto o medio con todas las ventajas de los otros.

Unas pinceladas de la globalización, la interactividad en la red y la rapidez de los cambios permiten cerrar con una interrogante sobre el futuro. Futuro que sólo puede ser visto desde la perspectiva del control (quién dice..., en el clásico modelo comunicacional de Lasswell) como elemento que se desarrolla a la par de las tecnologías.

La perspectiva abierta de los últimos capítulos apunta algunas discusiones del marco referencial actual de los medios: el binomio ilusión-realidad, el control de la internet, las posibilidades educativas y las potencialidades totalitarias de la red, etc. Una visión no exenta de apertura futurista pero, a la vez, carente de una visión más holística del proceso. Al final lo económico-funcionalista priva sobre el hombre.

Esta rápida aproximación a lo expuesto por los autores estaría incompleta si dejara de decir algunas generalidades de la lectura como conjunto. Es de agradecer la forma de presentación del texto. La poca profundidad, permite una lectura amena y rápida. Su exposición erudita —unida a una amplia bibliografía temática y temporalmente dividida— permite reconocer la bondad de un texto de divulgación.

Por otra parte, observamos una línea de conexión histórica. Eso que en su momento Pirenne llamó continuidad y solidaridad en la historia, conceptos con los cuales coincidimos por considerar que la difusión de

la ideas y de los pensamientos es un elemento pertinente del proceso de conocimiento socio-histórico.

Además, la clara visión de la pervivencia de los medios a pesar de los avances tecnológicos y la aparición de nuevas formas mediáticas de mayor alcance; así como la interacción entre cambios en los medios y cambios en la sociedad y cultura, son conceptos repetidos hasta la saciedad en estas páginas.

Lamentamos, tal como expusimos, la ruptura entre la visión política y la novedosa exposición de la esfera pública antes del inicio de la contemporaneidad; además de la visión economicista de rasgos funcionalistas norteamericanos de sus páginas finales. Así como, finalmente, el reduccionismo de lo occidental sin aproximaciones a otros *mundos* como el oriental o el hispanoamericano.

La presentación ordenada de la historia de los medios de comunicación social, su carácter divulgativo, así como la ajustada interconexión entre tiempos, lugares y personajes con el desarrollo tecnológico presentes en la obra, nos permiten recomendarla tanto a los alumnos que se inician en las lides comunicacionales, como a personas cuyos intereses generales se acercan a los medios de comunicación social y desean una visión panorámica de ellos en los últimos cinco siglos

BURKE, Peter. 2001. *Visto y no visto: El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Editorial Crítica. Por Mariyelina Primera Garcés.

El historiador inglés Peter Burke coincide con el escritor alemán Kurt Tucholsky en la máxima según la cual *una imagen dice más que mil palabras*. Y con el objeto de trasladar ese lenguaje visual en testimonios para la construcción de la historia, Burke ha escrito *Eyewitnessing: the uses of the images as a historical evidence* (Londres, 2001), traducido al español como *Visto y no visto: El uso de la imagen como documento histórico*. Más que el producto de una investigación concreta encaminada a tales fines, esta obra es el resumen de la experiencia acumulada por el autor en más de cuarenta y cinco años dedicados al estudio de la historia social del arte; además, reúne los materiales empleados por Burke en el curso que sobre esta materia imparte actualmente en la Universidad de Cambridge.

En resumen, se trata de una suerte de manual para incentivar el empleo de las imágenes como un documento histórico tan susceptible a la crítica como los escritos.

A diferencia de obras anteriores, en las que el autor ha recurrido a esta fuente para adentrarse en el conocimiento de una época¹, esta vez la imagen en todas sus formas es su objeto de estudio. Desde las pinturas rupestres de la prehistoria europea hasta la fotografía y el cine de los tiempos actuales, constituyen para Burke una importante veta de información sobre el comportamiento de las sociedades a través de los tiempos, incluso mucho más rica que el resumen de los avatares políticos y económicos que suelen estar reflejados en los documentos escritos.

El autor advierte sobre el gran valor que pueden tener estos materiales para quienes decidan adentrarse en la historia de las mentalidades y de la vida cotidiana, entre otras líneas de investigación. Esta visión no es exclusiva de Burke, según él mismo lo explica. Ya en el siglo XVII, los historiadores apelaron al estudio de las catacumbas de Roma para construir la historia del cristianismo primitivo, y en lo sucesivo, gran cantidad de especialistas en historia del arte y en historia de la cultura (Gordon Fyfe, Jhon Law, Francis Haskell, Philippe Ariés, Alab Tractenberg, Erwin Panofsky, Frederick Antal y Arnold Hauser, entre muchos otros citados por Burke) han desarrollado sus propios métodos para emplear los recursos visuales en función de sus trabajos. En este sentido, *Visto y no visto* compila en un sólo volumen las reflexiones de autores y las propias con respecto a los problemas, determinados en el uso de las imágenes como *vestigio* —que no como fuente— para sus investigaciones; y uno de sus mayores aportes, quizás, es el de insistir en la necesidad de que los historiadores desarrollen una crítica de los testimonios visuales, tan rigurosa como la crítica a la que son sometidos los documentos escritos.

Sin desmeritar la larga trayectoria de Burke, considerado por la crítica como uno de los historiadores más destacados del momento, *Visto y no visto* no se ofrece como una obra elaborada bajo el más estricto rigor académico. El estilo de la redacción y la profundidad con que cada tópico es

¹ Como por ejemplo en tres de sus obras publicadas sobre el renacimiento —*El renacimiento italiano: cultura y sociedad en Italia* (1987); *El Renacimiento* (1987); y *El Renacimiento Europeo: centro y periferias* (1998)— o en *The fabrication of Louis XIV*, publicado en 1992 por la Universidad de Yale.

abordado muestran que esta obra no fue escrita para el uso exclusivo de especialistas en la materia. Un ejemplo de ello es que, en la mayoría de los casos, las fuentes documentales empleadas por Burke no son citadas directamente, sino que son incluidas en las notas correspondientes a cada capítulo que se reservan al final del libro.

Esto le otorga mayor dinamismo al texto, que bien puede ser consultado por cualquier lector interesado en el tema. Por otra parte, la obra está estructurada de tal modo que permite establecer un orden cronológico, tanto del estudio de las imágenes como del desarrollo de las mismas a través de los siglos. Su extensión es de doce capítulos —uno introductorio y once de contenidos—, además del segmento dedicado a las notas, bibliografía e índices. Como era de esperarse, cada uno de los apartes está ilustrado con algunas de las imágenes a las que el autor alude en su narrativa.

En el primer capítulo, titulado *Testimonio de la imagen*, Burke se pasea en forma somera por los primeros estudios que otorgaron a la imagen el valor de documento histórico y por la variedad de imágenes que pueden ubicarse en esta categoría. En el segundo capítulo comienza el autor a desgranar entre estas opciones el uso de *Fotografías y Retratos*, tratando el problema del realismo y del valor histórico de las representaciones y las formas simbólicas.

Más adelante, en el tercer capítulo, Burke analiza los logros y problemas del método iconográfico, como interpretación de las imágenes a través del análisis de los detalles, con fuerte hincapié en el contenido intelectual de las obras, en la filosofía o en las ideas teológicas que llevan implícitas. Asimismo, contrasta este método con la iconología, entendida a través del concepto manejado por el holandés Eddy de Jongh como un intento de explicar las representaciones en su contexto histórico, en relación con otros fenómenos culturales. En su crítica del método iconográfico, incluida en este segmento, Burke tiende a favorecer el método de la iconología, por considerar que el iconográfico carece de dimensión social.

Los capítulos tres y cuatro, llamados *Lo sagrado y lo sobrenatural* y *Poder y protesta*, respectivamente, versan sobre las implicaciones con respecto a las ideas, actitudes y mentalidades que pueden revelar las imágenes en diversas épocas, específicamente, tal y como ambos títulos lo sugieren, en este caso Burke alude a motivaciones teológicas y políticas. Luego, a

lo largo de los capítulos cinco y seis, *La cultura material a través de las imágenes y Visiones de la sociedad*, el autor aborda la importancia de las imágenes para la reconstrucción de la cultura cotidiana de lo que él califica como *la gente sencilla*. Las representaciones del *Otro* –con mayúscula, como subraya Burke– son tratadas también en el capítulo siete, llamado *Estereotipos de los otros*, en el que se trata el problema de las identidades y los encuentros culturales.

En el capítulo octavo, *Relatos visuales*, el autor apela a una máxima de su propia autoría –*Toda imagen cuenta una historia*– para explicar que éstas representan un testimonio sobre la organización y puesta en escena de grandes y pequeños acontecimientos. En el siguiente capítulo, *De testigo a historiador*, Burke también se aventura a plantear que algunas de estas imágenes pueden considerarse historias en sí mismas, en especial cuando han sido creadas para representar lo que de antemano es considerado como un hecho histórico.

En los dos últimos capítulos de este libro –*¿Más allá de la iconografía?* y *La historia cultural de las imágenes*–, Burke *retoma* la reflexión acerca de los métodos empleados por los especialistas para aproximarse a la comprensión de las imágenes. Allí, además de la iconografía, el autor pone en el tapete los enfoques ofrecidos por el psicoanálisis, el estructuralismo y el post estructuralismo.

Visto y no visto se cuenta entre las últimas obras de Burke traducidas al español. Entre su amplia bibliografía, también han sido reproducidos en esta lengua los siguientes títulos: *De Gutenberg a internet: una historia social de los medios de comunicación* (Taurus ediciones, 2002); *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot* (Ediciones Paidós, 2002); *El Renacimiento Italiano* (Alianza Editorial, 1988); *Formas de historia cultural* (Alianza Editorial, 2000); *El Renacimiento europeo: centros y periferias* (Editorial Crítica, 2000); *El Renacimiento* (Editorial Crítica, 1998); y *Los avatares de El Cortesano: lecturas y lectores de un texto clave del espíritu renacentista* (Editorial Gedisa, 1998).

Este investigador de la imagen y de la historia social del arte, cursó estudios en Oxford y en la Universidad de Sussex. Desde 1979 hasta la fecha, trabaja como docente en la Universidad de Cambridge; además, es miembro del Emanuelle College.

CABALLERO, Manuel. 2000. *La gestación de Hugo Chávez*. Madrid: Los Libros de la Catarata. 67 páginas.

CABALLERO, Manuel. 2002. *Revolución, reacción y falsificación*. Caracas: Alfadil, p. 223. Por Virgilio Armas.

El juicio de los cuarenta años de democracia representativa ha adquirido nuevos matices desde la llegada de Hugo Chávez a la Presidencia de la República venezolana. Quienes simpatizan con el gobierno revolucionario han calificado como un oscuro y degradado período esos años, y han anatematizado a sus opositores como herederos y defensores de *los cuarenta años*, así tengan poco que ver con ellos: *El escualidismo es la fase superior del puntofijismo*, expresó una vez Chávez.

El historiador venezolano Manuel Caballero presenta en *La gestación de Hugo Chávez*, más que un análisis de por qué llegó Chávez al poder, un recuento pedagógico de las cuatro décadas de democracia de partidos que comenzaron en 1958. De hecho, como dice Caballero en la introducción, el título de este libro fue una decisión editorial; pues el subtítulo se acerca mejor a su verdadero contenido: *cuarenta años de luces y sombras*. Caballero advierte dos períodos de veinte años en las cuatro décadas de democracia: *el ascenso* (desde la rebelión popular de enero de 1958 hasta 1978, el último año de éxito del modelo de crecimiento económico fundado en la renta petrolera) y *la caída*, desde entonces hasta 1998, año de las elecciones en las que venció Chávez.

Las bases de la política puntofijista se fraguaron, según Caballero, en las estrategias de las organizaciones opuestas a Pérez Jiménez forjadas a finales de la dictadura, pero quizá haya que ir más atrás. La experiencia del *trienio adeco* (1945-1948) marcó a todas las organizaciones políticas y sociales. No sólo la Junta Revolucionaria de Gobierno había sido fruto de un golpe de Estado, que sembró muchos enemigos desde el comienzo. La confianza excesiva de una Acción Democrática revolucionaria y vencedora, por abrumadora mayoría en todas las elecciones, la había inducido a ejercer un poder que aplastaba a los demás partidos y a casi todos los grupos o instituciones que tenían algún poder en Venezuela, como la Iglesia. Esos años de lucha sin cuartel por el poder alarmaron a los más conservadores y pusieron la mesa para que el grupo que acompañaba a Pérez Jiménez diera el golpe de Estado a Rómulo Gallegos en 1948.

Los diez años de dictadura enseñaron a los partidos a entenderse y a pactar. Como bien recuerda Caballero, los acuerdos democráticos no se establecieron en el Pacto de Punto Fijo (octubre de 1958), sino en enero de 1958, cuando el pueblo y los partidos políticos actuaron juntos en el derrocamiento del dictador. El *espíritu del 23 de enero* se formalizó en el Pacto de Punto Fijo, acuerdo al que no fue invitado uno de los principales combatientes contra la dictadura: el Partido Comunista. A pesar del desaire, el ambiente de conciliación se mantuvo. Y es lo que, para Caballero, explica por qué los comunistas no aprovecharon en 1958 su fuerza organizativa para transformar el derrocamiento de la dictadura en una revolución comunista (véase al respecto, la página 23 del texto.)

Por su parte, los adecos también aprendieron. Rómulo Betancourt dio un giro y se deslastró de los radicales de su partido, que formaron tienda aparte en el MIR, el grupo ARS y, más tarde, el MEP. Se reconcilió con la Iglesia y no habló más de revolución. COPEI dejó atrás a sus conservadores más acérrimos y se fue convirtiendo cada vez más en un partido popular.

El sistema democrático se abrió paso entre las conspiraciones de izquierda y derecha, sobre la base del consenso. Los siguientes capítulos recorren, gobierno a gobierno, los cuarenta años de la democracia puntofijista: los esfuerzos de Betancourt para salvar su gobierno de ataques que provenían de todos los flancos; los *años grises* de Leoni; el ascenso al poder de Rafael Caldera *capaz de hacer que la democracia fuese aceptada por quienes la aborrecían por igualitaria ('comunista') y laica ('atea')* (p. 57); y los años rocambolescos del primer Carlos Andrés Pérez, el último gobierno de los años de *ascenso*.

El relato de los veinte años de *la caída*, que comienzan en 1978, se centra en la profunda crisis económica y en el deterioro del sistema político. Caballero describe con atino a Herrera Campins como un *Hamlet perezoso*, así como los esfuerzos de Lusinchi para *correr la arruga* y no corregir las distorsiones de la economía venezolana. El *ajuste* del segundo gobierno de Pérez es considerado no un cambio de política sino de vida de los venezolanos *obligados a cortar con brusquedad el cordón umbilical del estado del bienestar para, sin haber siquiera aprendido a abrir los ojos, lanzarse al swim or sink del capitalismo salvaje* (p. 100).

En la explicación de la crisis económica se encuentran las mayores debilidades de este libro. Caballero atribuye la crisis de finales de los setenta a *lo súbito de la riqueza adquirida y la no menos súbita tendencia a gastarla*, la monumentalidad de los planes del gobierno y la celeridad por ejecutarlos, los períodos de vacas gordas y flacas, y, en resumen, a un fausto y una grandiosidad inusitados (p.78-79). Sin embargo, durante los años cincuenta Venezuela experimentó un auge de ingresos petroleros mucho mayor que el de los setenta y no hubo crisis económicas estructurales de qué lamentarse.

Los últimos capítulos están dedicados al segundo gobierno de Caldera y al ascenso de Chávez. Destaca el análisis de la actuación de Caldera el 4 de febrero de 1992, presentado como defensor de las instituciones en lugar del cuasigolpista que sus adversarios y alguna prensa han mostrado, y el papel de Petkoff como Ministro y portavoz del gobierno. El epílogo dedicado a Chávez (*Vino rancio en odres nuevos*), lo presenta como un líder popular que se disputa la misma clientela de Betancourt y Carlos Andrés Pérez, y como un demócrata en tres sentidos: (1) haber canalizado un descontento masivo hacia un triunfo electoral, (2) ser producto de una democracia que le dio oportunidades a los pobres como él para convertirse en profesionales y (3) haber triunfado debido al fracaso de la democracia venezolana. Para Caballero, en vez de un revolucionario, Chávez es un reaccionario: su único objetivo es prolongar su mandato y volver al personalismo. Su mesianismo es más que evidente y explota el recóndito autoritarismo que reside en la sociedad venezolana.

Revolución, reacción y falsificación reúne una veintena de ensayos sobre temas diversos. Como se expresa en la contraportada "... no es una simple y aparente colección de ensayos. Los une una clara concepción de la historia política que nada tiene que hacer con la tradicional, narrativa, patriótica y personalista: es lo que el mismo autor denomina 'historia de lo político'. Allí se mezclan, entre otros, ensayos sobre el revolucionario Miranda y sus peripecias para escapar de la guillotina francesa; el positivismo venezolano y su larga historia antes de convertirse en justificador del gomecismo; las negociaciones de Guzmán Blanco con los caudillos para mantener el orden, con lo que su autocracia aparece en más justas dimensiones; los logros de la sociedad venezolana en el siglo XX, uno de los cuales es el orden, pero más aún *la sinonimia aceptada cada vez con*

mayor énfasis entre orden y democracia (p. 160); y las relaciones entre el Ejército y la sociedad venezolana.

Uno de los ensayos más destacados lleva por título: *La falsificación de la historia, arma totalitaria*. Caballero analiza el esfuerzo de los totalitarismos nazi y estalinista para adaptar el pasado a sus intereses y presentar los hechos históricos de manera que justifiquen las acciones de quienes cuentan la historia. A sus argumentos puede agregarse que no sólo los totalitarismos se esfuerzan en falsificar la historia. Los países desarrollados y democráticos tienen también sus historias oficiales. El colonialismo europeo del siglo XIX, por ejemplo, fue justificado por una historiografía que hacía aparecer las invasiones a África y Asia como conversiones masivas al cristianismo o esfuerzos de civilización. La historia oficial de la conquista del oeste de Estados Unidos es una hazaña épica, en la que se olvida la aniquilación o el desplazamiento de indígenas o la invasión imperialista a México. En Venezuela, durante décadas se presentó la complejidad del gomecismo como un producto sólo de un individuo desalmado: Juan Vicente Gómez.

La falsificación de la historia... sirve a Caballero para mostrar la versión de Chávez: la historia, sus ideas políticas sobre el presente y, también, su ensalada ideológica. Cuando Chávez dice, por ejemplo, que las desgracias de Venezuela comenzaron en 1958, exalta la dictadura de Pérez Jiménez. Pero en esto se contradice, al expresar que los males de Venezuela comenzaron cuando *los adecos tumbaron a Medina* en 1945; pues, en realidad, quienes lo hicieron fueron los militares de los que Pérez Jiménez era uno de los líderes (p. 215-216). La mayor falsificación que Caballero destaca, en el caso del chavismo, es el uso de la figura de Bolívar y su complemento: *el árbol de las tres raíces* (Bolívar, Simón Rodríguez y Zamora, p. 219.)

Sobre el culto a Bolívar se ha escrito mucho. El ya clásico *El culto a Bolívar*, de Germán Carrera Damas, fue publicado hace más de treinta años. Chávez es, si no la primera, una de las incontables víctimas de un culto creado por un oligarca —Antonio Guzmán Blanco— para exaltar su mando y que ha servido después para justificar los más diversos regímenes e ideologías.

El gomecismo, por ejemplo, fue uno de los regímenes que más fomentó el culto a Bolívar, especialmente al Bolívar partidario de los gobiernos fuertes. López Contreras presentó una supuesta ideología bolivariana que se identificaba con el espíritu nacional y que protegería a Venezuela de la

invasión de ideas antipatrióticas, el socialismo entre ellas. Con la frase-comodín de Bolívar según la cual el mejor gobierno es aquel que ofrece *la mayor suma de felicidad posible*, Pérez Jiménez quiso demostrar que su gobierno empataba con la más fiel tradición bolivariana: al pueblo venezolano no le damos democracia, pero sí autopistas.

El malabarismo más sorprendente es el de la izquierda. Para no quedarse atrás en la procesión que exalta al héroe, la izquierda latinoamericana presenta un Bolívar adaptado a ella: popular, democrático y hasta líder del Tercer Mundo. Como la izquierda es incapaz de zafarse de un culto tan enraizado en la mentalidad venezolana, niega al Bolívar conservador, temeroso de lo que llamó la *pardocracia* y ansioso por crear regímenes políticos que poco tenían que ver con *los poderes creadores del pueblo*. En el Congreso de Angostura, Bolívar propuso la creación de un Senado vitalicio y hereditario, y un *Poder Moral* que debía funcionar como el más aristocrático censor de las costumbres, lecturas y pensamientos de los venezolanos, y que Chávez alguna vez propuso (después le cambió las funciones y el nombre por Poder Ciudadano, pero la Ley de Responsabilidad Social de los Medios de Comunicación parece retomar el sentido bolivariano original). La izquierda esquiva la mirada también frente al Bolívar de 1828, que los bolivarianos de ahora calificarían como *fascista*: aliado con lo más rancio de la oligarquía bogotana para salvar de la anarquía a la Gran Colombia, perseguidor de ideas liberales y hasta censor de libros.

Cada grupo político ha tomado de Bolívar lo que le interesa, y el chavismo no es la excepción. Un pasaje de *Revolución, reacción y falsificación* describe cómo reaccionó Chávez cuando Caballero le preguntó qué opinaba del párrafo del Discurso de Angostura según el cual *nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo a un mismo ciudadano en el poder* y cómo se sentía en compañía de los tres presidentes que se han atrevido a proponer la reelección presidencial, en contra de la sentencia de El Libertador (Monagas, Gómez y Pérez Jiménez): "... se limitó a desde calificarnos llamándonos 'expertos' (cosa que por lo visto él considera un insulto) y luego balbuceó la excusa preferida de los marxistas estalinianos: el 'contexto'" (p. 221).

Este par de libros de Manuel Caballero están escritos con la prosa ágil a la que nos tiene acostumbrados. *La gestación de Hugo Chávez* ofrece una narración mínima de las cuatro décadas de la democracia. Es una guía

de este período y muestra los juicios del autor expresados en otros libros y ensayos más densos. *Revolución, reacción y falsificación* es más atractivo intelectualmente, aunque el trato dado a sus varios temas sea disparate.

CARRERA DAMAS, Germán. 2003. *El culto a Bolívar*. Caracas: Alfadil, 5ta. Edición, 2003. Por Ricardo Villasmil Bond.

El autor inicia su obra justificándola en el hecho insólito de que los venezolanos nos encontremos prácticamente a diario con la presencia de Bolívar en casi cualquier ámbito de nuestras vidas. Para Carrera Damas, tal presencia obedece a la intensidad con la cual la figura del Libertador se ha proyectado y sigue proyectándose sobre nuestra historia republicana, figura que se expresa en dos formas separables en teoría pero fundidas en la práctica: una, como el resultado del culto *de un pueblo* hacia su máxima figura histórica, indiscutible guía intelectual y militar de su más importante gesta colectiva; y la segunda, como el resultado de un culto *para el pueblo*, construido en parte con el objetivo altruista de manipular la conducta de éste hacia la elevación de su carácter moral, sus luces, su fuerza espiritual o sus virtudes republicanas, pero también con el objetivo más mundano y egoísta de identificar un determinado programa político con las intenciones o deseos del héroe.

La existencia del culto es evidente, y su comprobación es por tanto innecesaria. Explicar su razón de ser, sus características, su intensidad y su permanencia, por el contrario, sí aparece como un objetivo digno de estudio. La sola tergiversación de la figura histórica de Bolívar lo justificaría, pero el estudio es más importante en razón de la influencia decisiva y predominantemente perversa que el héroe construido por el culto ha tenido y sigue teniendo sobre el destino del país.

El culto para el pueblo se inicia con la repatriación de sus restos en 1842. Treinta y dos años después éstos son trasladados a la Iglesia de la Santísima Trinidad, transformada en Panteón Nacional. En evidente intención deificante, el sarcófago contentivo de sus restos es ubicado en el Altar Mayor, correspondiendo a otros hombres públicos ocupar altares menores y con ello el lugar de apóstoles y acólitos de la máxima deidad. Las condiciones para el establecimiento de un culto para el pueblo son poco menos que

ideales. En primer lugar, el hombre a ser convertido en dios goza de una autoridad sin igual entre los venezolanos que toma características de culto. En segundo lugar, prácticamente cualquier acción puede presentarse como una defensa o una continuación de la obra del Libertador, dada la virtual infinidad de opiniones, juicios de valor, documentos, decretos e iniciativas legislativas emitidas por él en una gran diversidad de circunstancias antes, durante y después de la independencia. Y en tercer lugar, su desaparición física hace imposible sacar de él una aclaratoria.

El tercero, y quizás más rico y convincente capítulo, el autor lo dedica precisamente a mostrarnos cómo el culto viene a responder a la necesidad de: (...) *disimular un fracaso y retardar un desengaño* (p. 42). El abrumador contraste entre las expectativas generadas por el proceso emancipador y la terrible realidad que enfrentaron los venezolanos una vez culminado éste, hizo necesario el concurso de fuerzas sobrehumanas para mantener el apoyo del pueblo y para exigir su paciencia, particularmente cuando el bienestar económico y social que debía traer consigo la independencia política tardaba más de lo esperado en llegar.

La larga espera por los frutos de la independencia va frustrando las expectativas del pueblo, el cual en búsqueda de culpables inmediatos contribuye a la inestabilidad política del siglo XIX. Con el paso del tiempo, justificar el fracaso requiere de explicaciones más complejas y profundas que la simple ineptitud de sus gobernantes para seguir los designios del gran héroe, y la culpa se desplaza hacia los gobernados, hacia ese pueblo que en razón de sus características raciales, geográficas e históricas carece de las condiciones objetivas para vivir y progresar en libertad. Esta versión venezolana del positivismo político encuentra apoyo en la gran despena bolivariana. ¿No fue Bolívar, después de todo el primer convencido de que no teníamos la madurez suficiente para digerir el saludable nutrimento de la libertad?

Hasta aquí, el autor fundamenta su visión de manera convincente y con incuestionable rigurosidad metodológica, apelando al discurso de las autoridades políticas y a la de sus acólitos. A partir de 1936, el componente racional del culto se ve forzado a adquirir mayor primacía en detrimento de su componente emocional, y este cambio el autor lo atribuye al progreso en luces del pueblo al cual va dirigido el culto. El libro es escrito en

1969, y por tanto, el autor no pudo prever la explosión en su dimensión emocional que observamos en los años recientes¹. Hecha esta salvedad, creemos que la relativa supresión del componente emocional del culto entre 1936 y 1992 y la gran carga emocional y la fuerza con la que reingresa el culto con la entrada de Chávez en la escena política, tienen ambas una explicación más cercana a lo que, en efecto, fue razón fundamental de su origen y de su desarrollo: la persistente frustración con los resultados de la independencia.

En el primer caso, la virtual coincidencia del nacimiento y consolidación de la industria petrolera con el de la vida democrática en nuestro país, significó para la inmensa mayoría de los venezolanos el inicio de una era signada por crecientes niveles de bienestar político, económico y social. En efecto, durante el período comprendido entre 1920 y 1970, Venezuela se ubica entre los países con mayor crecimiento económico en el mundo, y el progreso en materia de indicadores de bienestar social es igualmente impresionante. En consecuencia, es posible argumentar que la merma en el culto se deba al hecho de que los venezolanos podían finalmente ver su futuro con optimismo. Asimismo, el colapso que sucedió a este auge desde finales de los años setenta y que se prolonga hasta hoy, marca el fin de esta era y explica, en consecuencia, el retorno del culto y particularmente el de su dimensión emocional.

Finalmente, el libro reconoce, si bien no con el énfasis que uno esperaríamos, que el fenómeno en cuestión opera en la inmensa mayoría, si no en todas, las civilizaciones modernas. El problema está naturalmente, en que en algunas opera con mayor intensidad y perversidad que en otras, y que nuestro caso, el mismo alcanza niveles patológicos. A simple vista, tal afirmación parece irrefutable, pero ¿cómo determinamos objetivamente la existencia de una patología? ¿Al ser éste un concepto esencialmente relativo, no requiere su determinación de un análisis comparado? En los Estados Unidos, por ejemplo, estuvieron prácticamente ausentes las condiciones objetivas que determinaron, a juicio del autor, el surgimiento y consolidación del culto en nuestro país. A pesar de ello, el pensamiento y la obra de los padres fundadores y de otras figuras históricas como Lincoln, siguen siendo utilizados por demócratas y republicanos como

¹ Dicha explosión sirve de motivación a: ITURRIETA, Elías Pino. 2003. *El Divino Boltuar*, Madrid: Catarata.

sustento de sus iniciativas, y la verdadera posición de Thomas Jefferson frente a la esclavitud –así como la reciente demostración de que procreó con Sally Hemmings, una de sus esclavas-, sigue siendo objeto de gran controversia en esa nación.²

El Culto a Bolívar, es un libro excelentemente escrito y metodológicamente sólido, que aborda un tema altamente controversial y que satisface con creces su aspiración original de ayudarnos a comprender una forma ideológica de gran importancia en la vida histórica de Venezuela.

CASTILLO, Ocarina. 1998. *Gabriel García Moreno o la piedad heroica*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, 153 p.

GUARDIA, Amelia. 2000. *El personalismo político de Andrés de Santa Cruz. Un voluntarismo puesto al servicio de la integración*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, 156 p. Por David Ruiz Chataing.

Derivados de los seminarios que la historiadora Graciela Soriano de García Pelayo ha dictado sobre personalismo político en Hispanoamérica en el Doctorado en Ciencia Política de la Universidad Central de Venezuela y gracias a la gentileza de la Socióloga Eclayre Rodríguez S., Jefa de la Unidad de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, recibimos estas breves, pero sustanciosas monografías, de las investigadoras Ocarina Castillo y Amelia Guardia. La primera es antropóloga y con varios libros a cuestas. A la segunda, que es historiadora, no le faltan libros ni abundantes ornamentos académicos.

Ambos textos responden al concepto que estudia el personalismo político hispanoamericano. Este fenómeno lo definen a partir del libro de Graciela Soriano de García Pelayo *El personalismo político hispanoamericano del siglo XIX. Criterios y proposiciones metodológicas para su estudio* como surgido durante la época de la ruptura del nexo colonial, derivado de la crisis de legitimidad del régimen monárquico, la fractura del orden civil y de la variable intensidad de la guerra en los diversos países hispa-

2 En este sentido, ver: ELLIS, Joseph. 1996. *American Sphinx*. Nueva York: Knopf.

noamericanos. El personalismo político en Hispanoamérica es entendido como: "el ejercicio personal del poder, bien como expresión de la pura voluntad de dominio únicamente sujeta a su propio arbitro, correlativo a la debilidad institucional o al escaso arraigo de la norma, bien inscrito dentro de la normativa vigente..." (Soriano, 1998, p.1). De manera, pues, que precisado sus orígenes y sus características, Castillo aborda el caso del dictador ecuatoriano Gabriel García Moreno y sintetiza la geografía y la historia del país suramericano desde los finales del tiempo colonial hasta bien entrado el siglo XIX. Se concentra, luego, en la biografía de García Moreno y aborda el estudio de sus dos períodos de gobierno: 1861-1865 y 1869-1875. Este autócrata realizó una obra completamente progresista para su país, aunque sus abusos como gobernante le granjearon profundos odios. Tanto así que murió asesinado por una facción de opositores. García Moreno instauró una dictadura bíblico-católica, su fanatismo religioso era tal que en los viernes de las semanas santas recorría con una Cruz las calles de Quito pidiendo misericordia. Implantó que para ser ciudadano había que ser católico y que quien viviera escandalosamente la perdiera. En 1873, proclamó la consagración eclesiástica y civil de la República al Sagrado Corazón de Jesús. El Estado, para el místico García Moreno, era un instrumento para combatir y castigar el pecado. Se esforzó por implementar a palos una ciudad de Dios en la Tierra.

Amelia Guardia, por su parte, expone la presencia de Andrés de Santa Cruz en la historiografía boliviana. Se remonta a los tiempos prehispánicos, coloniales y culmina con un panorama de la época emancipadora y republicana decimonónica de Bolivia. Guardia escribe el epítome biográfico de Santa Cruz y de su régimen político establecido en los años 1829 hasta 1839. Explica los esfuerzos santacruzanos por mantener bajo su férreo puño y a como diera lugar, la confederación de Perú y Bolivia.

Los textos de Castillo y Guardia acuden al recurso de la investigación biográfica para aproximarse a la comprensión de una época específica en países determinados. Son estudios de casos de la teoría garcía soriana sobre el personalismo político hispanoamericano.

La lectura de ambas obras me afirma en la convicción de la enorme dificultad de escribir sobre Historia de América Latina desde Venezuela: La carencia de fuentes primarias obliga a realizar investigaciones novedosas en

los enfoques pero que no rebasan los límites de la revisión histórico-historigráfica y de lo ensayístico. Esperamos ver, próximamente, otros frutos de estas indagaciones sobre el personalismo político hispanoamericano.

LÓPEZ PORTILLO TOSTADO, Felicitas. 2003. *Historia documental de Venezuela*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras/ Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos/ Colección Historias Documentales. Dos tomos. Por Tomás Straka.

Por mucho que la investigación histórica haya dado virajes, incluso radicales, desde la segunda mitad del siglo XX, o que se haya abierto a ámbitos y problemas insospechados, o adoptado fuentes innovadoras, la vieja tradición del documento se niega a desaparecer. Antes por el contrario, se ha ido ampliando. Aunque ya no estemos en los días de Ranke y su *culto al documento*, cuando los historiadores *volvían a los documentos monumentos*, según la aguda frase de Lorenzo González Casas¹ y sus textos se abultaban con extensas transcripciones, sino en tiempos de apertura a tan variadas posibilidades que ahora son los monumentos, la iconografía, los audiovisuales, los testimonios orales los que se han vuelto documentos para nosotros; el documento (cualquiera sea su signo) sigue siendo la fuente fundamental.

De allí que las antologías mantengan su vigencia. En muchas ocasiones, al seleccionar aquellos textos que su autor considere emblemáticos y al clasificarlos según un criterio determinado, ellas son las que sientan las primeras bases del discurso histórico, estableciendo un esquema inicial de interpretación. A tal punto esto es así, que en un primer momento, cuando los archivos aún no estaban organizados o francamente no existían, el sólo rescate, organización y publicación de los documentos agotó el esfuerzo de muchos historiadores. El caso venezolano es emblemático. Cuando la República recién nacida y deseosa de construirse su imagen nacional hacia 1830, emprendió la escritura de una historia propia, el trabajo se cifró, básicamente, en compilar de los papeles de la guerra emancipadora

¹ GONZÁLEZ CASAS, Luis. 2002. *Urbanismo y patrimonio. La conservación de los centros históricos*. En: *Premio nacional de investigación en vivienda 2001*. Caracas: Ministerio de infraestructural/ Consejo Nacional de la Vivienda, p. 162.

que se acababa de ganar. Tanto la cercanía de los hechos, como la imposibilidad de contar con fondos documentales sistematizados, llevó a que los primeros historiadores (casi todos partícipes de la contienda) tuviesen que hurgar en las oficinas públicas y en los desvanes privados (sobre todo en éstos) la memoria de un país que aún no se atrevían a escribir, pero que esperaban que lo hiciera la posteridad: para ella, entonces, dejaron impresas sus colecciones.

Así, dos patriotas ilustres—uno incluso primer Presidente de la República de 1811— Francisco Javier Yanes y Cristóbal Mendoza, tan temprano como en 1826, comienzan su *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar*. Luego, hombres como Felipe Larrazábal deben levantar una inmensa colección privada para escribir sus libros (y aún lamentamos los baúles con escritos suyos y del Libertador que se perdieron en el naufragio donde muere, frente a las costas de Francia, en 1873). Y como él, muchos más: el oficio de historiador consistió por mucho tiempo en visitar a los nietos de los héroes, revisar sus papeles, organizar los archivos que se habían salvado del terremoto, del fuego, de las guerras y las lluvias (la mayor parte de Venezuela es húmeda y tropical) llevarse lo que se pudiera llevar, transcribirlos y publicarlos. Esperar más de ellos ya es demasiado en una sociedad en la que nadie vivía de eso y el que lo hacía, era a fuerza de quitarle tiempo a su trabajo, generalmente de político, periodista, sacerdote o profesor, a su descanso y a su familia. Con todo, su trabajo fue notable y aún muchas de las colecciones documentales conservan el nombre de quienes las reunieron: Villanueva y Landaeta Rosales en la Academia de la Historia, o Grisanti y Barnola en la Universidad Católica Andrés Bello, por sólo nombrar cuatro.

Más adelante, cuando la República por fin empieza a dar síntomas de consolidación, el esfuerzo se vuelve política de Estado. Hacia 1870, pinturas de próceres y batallas, monumentos, manuales escolares, libros épicos y, claro, luengas compilaciones, se sufragan con gastos públicos. De ese modo el gobierno de Antonio Guzmán Blanco decreta la edición, en catorce volúmenes, de los *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador* de José Félix Blanco y Ramón Azpúrua (1875-1877); y de los treinta y cuatro tomos de las *Memorias de O'Leary* (1879), edecán del Libertador que conservó gran parte de su archivo, que en ellas se reproduce.

En 1888, yendo todavía más allá, se decreta un órgano específicamente encargado de la tarea, la Academia Nacional de la Historia, que inaugura su acción con los doce volúmenes de los *Documentos para los anales de Venezuela, desde el movimiento separatista de la unión colombiana hasta nuestros días* (1889-1909); labor compiladora que, afortunadamente, no ha cesado hasta hoy. Así, de entonces para acá (la política de Estado con sus altibajos se mantiene), ya se suman por centenares las compilaciones —algunas tan célebres como la de Santos Rodolfo Cortés², que llegaron a usarse hasta en las escuelas— con un radio de acción que ha pasado de la saga bolivariana a la historia colonial y a la contemporánea.

Por eso, aunque los archivos continúen en gran medida desorganizados, con todo y los grandes esfuerzos y los notables logros de los últimos tiempos; aunque la pérdida de documentos siga siendo el problema en un país donde los Ministerios, las Notarías y los Tribunales carecen de conciencia histórica y adolecen de espacio para su papeleo actual; aunque haya surgido un floreciente mercado negro para cualquier cosa firmada por Bolívar o por otro héroe (mercado ahora aguzado por la Internet); y aunque los recursos para el adecuado mantenimiento de los papeles sean todavía muy bajos y los procesos como la digitalización apenas se inicien... aunque todo eso sea verdad, ya existe un cuerpo, digamos, *canónico* de compilaciones cuya influencia en la historiografía y en la enseñanza ha sido determinante. El libro de Felcitas López Portillo Tostado que acá se reseña está llamado a insertarse en esta lista.

Lo está, en primer lugar, porque cumple con la misión que tuvieron las compilaciones del siglo XIX: a falta de fondos de archivos disponibles, sobre sus bases habrá de escribirse una futura historiografía. El punto es que se trata de una antología destinada a estudiantes mexicanos, en consecuencia, responde a uno de los problemas más comunes de Nuestra América: el desconocimiento de la historia del vecindario. La profesora López Portillo Tostado es investigadora del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (CC y DEL) de la Universidad Nacional Autónoma de México y se ha especializado en historia venezolana. Es un caso digno de

2 CORTÉS SANTOS, Rodolfo. 1960. *Antología documental de Venezuela*. Caracas: Imprenta Santa Rosa. El profesor Rodolfo Cortés publicó otras compilaciones de temas más especializados de historia colonial para la Academia de la Historia.

celebrar, ya que nuestra historia cuenta con muy pocos cultores fuera del país. De hecho, como reconoce en la presentación del libro,

paradójicamente, y a pesar de la retórica integracionista tan marcada en esta región —como que tiene entre sus principales fundadores al Libertador Simón Bolívar y a otros próceres de la talla de Francisco de Miranda y Andrés Bello—, en México el material bibliográfico tocante a ella [Venezuela] es bastante escaso y poco asequible. Esta situación dificulta el estudio del desarrollo histórico, social, económico y cultural de Venezuela, a pesar de que desempeñó un importantísimo papel en el proceso independentista de Suramérica, donde dejó su impronta. En lo que respecta a los tiempos actuales, su análisis es obligado debido a su destacada posición en el contexto latinoamericano y mundial y a sus inmensos recursos naturales, así como a su desempeño dentro de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), de la que esta nación fue pionera. E, incluso, hasta por las pretensiones hegemónicas que ha esgrimido tradicionalmente frente al Caribe y Centroamérica.³

El párrafo no tiene desperdicio. Primero, nos esboza el destino que ya señalábamos para el libro: ante la ausencia de bibliografía asequible, con toda seguridad se convertirá en la referencia obligatoria en el área. Además, los textos reunidos acusan tal amplitud en la revisión realizada por López Portillo Tostado, que difícilmente puedan conseguirse, sin venir a Venezuela, todas las compilaciones en las que ella bebe para la suya. En segundo lugar, y ya de cara a los historiadores venezolanos, ofrece la oportunidad que toda obra extranjera sobre el país encierra: la de vernos en la imagen que de nosotros tienen los demás.

Ello no sólo nos ayuda a cotejarnos frente a discursos elaborados por quienes no tienen por qué compartir nuestras ilusiones, traumas o prejuicios, tan difíciles de deslastrar, incluso en la historiografía más profesional; sino que además suelen indicarnos el valor de aspectos que a veces dejamos desapercibidos, o de otros, que para nosotros son muy importantes, pero para los extranjeros no. Así, en las pocas líneas citadas la profesora López Portillo Tostado pinta los trazos esenciales de lo que Venezuela representa dentro del concierto de la historia americana, o sea, aquello por lo que somos más recordados: por ser la cuna de los tres iberoamericanos más

³ LÓPEZ PORTILLO TOSTADO, Felicitas. 2003. *Historia documental de Venezuela*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras/Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos/Colección Historias Documentales, Tomo I, p. 7

universales de su generación: Miranda, Bolívar y Bello; por ser el epicentro de la independencia sudamericana (o al menos de toda su franja caribe y la cordillera andina); por la riqueza petrolera y el liderazgo que de ella obtiene; y por nuestra vocación integracionista percibida por muchos (aunque los venezolanos siempre lo negaremos, habría que ver con cuánta sinceridad) como ansias de hegemonía regional.

La autora divide nuestra historia en tres etapas: Colonial (del siglo XVI al XVIII), Nacional (siglo XIX) y Contemporánea (siglo XX). En cada una, a su vez, presenta una pequeña selección de documentos sobre los tópicos que considera más representativos de la misma. Esos tópicos reflejan una lectura atenta (y a trechos, por qué negarlo, amorosa) de lo que nuestra historiografía ha dicho al respecto; pero, como veremos, de alguien que está afuera del país, cosa que ahonda su importancia. La colonia, por ejemplo, es más un problema económico y social que político; la conquista es la aventura de unos hombres dispuestos a ganarse el mundo, la fama, la fortuna y hasta el cielo con su coraje; la conspiración de Gual y España es el final de una época y el inicio de otra. El siglo XIX es la Independencia, esa *guerra de los cien años* según Manuel Caballero⁴, continuada en la multitud de conflictos civiles y caudillescos que la sucedieron, empantanando de sangre al país hasta inicios del siglo XX, con sólo algunos intermedios de relativa paz, como el guzmancismo. El siglo XX, por último, es el petróleo, la modernización con él financiada y los proyectos políticos surgidos a esta guisa, sobre todo la dicotomía dictadura-democracia, y las ilusiones perdidas de nuestro ensayo de modernidad.

Al principio de cada etapa, López Portillo Tostado hace gala de una extraordinaria capacidad de síntesis con notas en las que ubica al lector, de una forma que no por rápida y sencilla es superficial, en el contexto y el sentido de lo compilado. Nomás leyéndolas, cualquier persona no especializada (y con esto hablamos hasta de la mayor parte de los venezolanos, que no han tenido otra formación histórica que la menos que regular que ofrece nuestro bachillerato) se puede hacer una visión general de la historia de Venezuela y sus problemas fundamentales.

4 CABALLERO, Manuel. 1995. *Ni Dios, ni federación*. Caracas: Editorial Planeta, pp. 145-163

Sin embargo, llaman la atención algunas inclusiones y omisiones. Es ahí donde el visor externo se hace patente. En la conquista, por ejemplo, aparece la famosa carta de Lope de Aguirre en la que se declara rebelde al Rey, ciertamente uno de los documentos fundamentales para entender el universo mental de los conquistadores; pero uno que, sin embargo, se ha ido olvidando (junto a la alucinante aventura del *Tirano*) en nuestra historiografía. De hecho, Lope de Aguirre ha corrido con más suerte literaria en las plumas de Arturo Uslar Pietri y Miguel Otero Silva, que en las monografías de las escuelas de historia, por mucho que de él haya tanto que decir. Por eso alguien como López Portillo, que puede ver las cosas de lejos y que, acaso, de nuestra conquista sólo había oído —y quién sabe si por alguna de estas extraordinarias novelas o por haber ido de turista a la hermosa *playa del Tirano*, en la isla de Margarita— hablar del *Tirano* Aguirre, no podía pasarlo por alto. Acierto que a los venezolanos, que hasta lo sacamos de los manuales escolares, debe hacernos reflexionar.

Pero también puede hacernos reflexionar, que no aparezcan los otros documentos que sí reproducen los manuales y que desde la escuela nos hacen leer: la capitulación de los Welser, de 1525, con la que Carlos V crea la Provincia de Venezuela; no aparece la carta del tercer viaje de Colón, raíz, con su descripción del oriente venezolano, tan bello que en él cree ver el Paraíso (y por el que le pone su primer nombre español a esta tierra: Tierra de Gracia), de buena parte del utopismo moderno. Tampoco aparece un texto que es considerado fundacional de nuestra identidad, acaso sólo comparable con el Acta de Independencia: la Real Cédula de San Ildefonso del 8 de septiembre de 1777, que crea la Capitanía General de Venezuela, base político-territorial de nuestra actual República (aun- que sí se incorpora el de la creación de la Intendencia, un año antes y su más inmediato antecedente). ¿Por qué obvió estos documentos? ¿Es que acaso vistos de lejos no son tan importantes como creemos, o es que a su importancia no la hemos sabido explicar lo suficientemente bien? Lo mismo puede decirse referente al Libertador Simón Bolívar: si bien es sano despersonalizar nuestra historia en torno suyo, llama la atención que ninguno de sus escritos fundamentales, como el *Manifiesto de Cartagena*, la *Carta de Jamaica* o el *Discurso de Angostura*, aparezcan en la antología. Ello, tal vez, pueda deberse a que se trata de los únicos documentos de nuestra historia que, por su alcance continental, pueden encontrarse con

relativa facilidad en todas partes, y el trabajo reseñado persigue poner a disposición de los mexicanos textos menos conocidos.

Ahora bien, que el prólogo del *Triunfo de la libertad sobre el despotismo*, editado en Filadelfia, en 1817 por Juan Germán Roscio, y gran alegato teológico por la libertad, aparezca en la compilación nos causó tanta alegría como sorpresa. En Venezuela, Roscio sigue siendo un asunto de historiadores o teólogos muy especializados, en parte porque no tuvo claros sucesores en la política o en las ideas. De allí nuestra sorpresa: ¿es en serio un documento fundamental para nuestra historia o sólo las agudas lucubraciones de un patriota cristiano? En México, sin embargo, las cosas aparecen distintas. Así, Roscio nos habla claramente de cómo la historia de un país cambia cuando se la ve desde otro: su libro tuvo, después de la independencia, más éxito en México que en Venezuela, donde se publicó varias veces durante el siglo XIX (la primera edición venezolana hubo de esperar mediados del siglo XX), llegando a ser una de las confesas inspiraciones de Benito Juárez. Con Roscio, entonces, que tanto leyó y meditó sobre las Sagradas Escrituras, cabe perfectamente aquello de que nadie es profeta en su tierra... Del mismo modo, aunque por razones distintas, también nos llamó gratamente la atención que el *Memorial de Llamozas* aparezca en el libro. Extraordinario testimonio de la Guerra Muerte y del alzamiento de José Tomás Boves, por parte del capellán de su ejército. Con este texto, la autora deja oír la otra versión de la independencia, la de sus contrincantes, los realistas, que llegaron a ser mayoría hasta casi su final.

Por último, dice igualmente mucho de aquello que nuestra historia refleja allende las fronteras la publicación del ensayo de Laureano Vallenilla-Lanz *El gendarme necesario*. En este libro, vehemente defensa positivista de los gobiernos de los hombres fuertes, este ideólogo del gomecismo ha sido, no obstante, uno de los más altos pensadores sociológicos e historiográficos que hemos tenido los venezolanos. Aunque sus textos estuvieron prácticamente excluidos de la academia una vez muerto Gómez, la fama continental que habían logrado no sólo mantuvo su vigencia en el exterior, sino que al cabo de medio siglo empezaron a ser publicados en Venezuela otra vez. Claro, dos cosas ayudaron a esto: el paso del tiempo les fue quitando el peso de la polémica política, lo que permitió ver la clarividencia de muchas de sus tesis, a veces incómodas pero siempre difíciles de desmentir; y la crisis de las grandes ilusiones democráticas de 1936 obligó a revisar otras visiones

menos optimistas del país. Que Vallenilla-Lanz salga acá es, entonces, una prueba más de su calibre intelectual.

Es igualmente notable que se cierre el libro con dos artículos de Arturo Uslar Pietri. La impronta de quien llegó a convertirse en algo así como la gran conciencia moral de la nación al final de su larga vida (biológica y pública), aún está por evaluarse con sosiego historiográfico. No sólo su obra literaria, que lo hizo uno de los grandes escritores latinoamericanos del siglo XX, influyó en ello, sino también su sostenido trabajo periodístico, en la prensa y la televisión, así como su actividad política (fue Ministro, candidato muy votado, Senador y Diplomático), que le permitieron mantener una relación privilegiada con los venezolanos por más de sesenta años. Crítico severo de la realidad nacional, sobre todo después que su opción política fue definitivamente derrotada, sus profecías sobre las distorsiones y los peligros que acarrea la borrachera de la bonanza petrolera fueron dramáticamente confirmadas por el tiempo. De modo que dos de sus textos, tomados de su emblemática *De una a otra Venezuela*, sean el colofón del trabajo, hacen patente el epílogo de una sociedad que terminó el siglo XX con tantas oportunidades perdidas como aprovechadas, y que se lanza al XXI con el peso de duras lecciones no del todo aprendidas. Su incorporación, entonces, fue un acierto completo de López Portillo Tostado.

Roscio, Vallenilla-Lanz, Uslar: con ellos, además, la compiladora demuestra que los grandes textos de la historia del pensamiento son también documentos ineludibles para la comprensión histórica de una sociedad; y demuestra, también, el valor y el alcance de lo pensado en Venezuela, más allá de lo que nosotros mismos llegamos a creer. Un venezolano difícilmente los hubiera metido en una compilación documental.

El resto de los documentos publicados está entre lo que cabe esperar de una compilación básica de historia venezolana —las Ordenanzas de Gual y España, el Acta de Independencia, la Proclama de Coro, el Decreto de Garantías, el Plan de Barranquilla, el Manifiesto del Partido Comunista Venezolano, el Nuevo Ideal Nacional, el Pacto de Punto Fijo, la nacionalización del petróleo, algún decreto de los tantos que emitió Juan Vicente Gómez, algún discurso de Guzmán Blanco y alguno otro de Rómulo Betancourt— con lo que el panorama de nuestra historia, organizado y presentado para sus alumnos por una profesora mexicana que ha demostrado, además de un gran amor, una gran comprensión por nuestro país,

queda completo. Sólo nos resta agradecer su esfuerzo y anotar a su libro en la lista de nuestra historiografía fundamental.

PEÑA, Luis. 2000. *Construyendo historias. Orientaciones sobre técnicas y métodos de la investigación histórica*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, EBUC, 174 p. Por David Ruiz Chataing.

Para quienes estudiamos en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela durante la década de los setenta a esta parte, este texto no sólo es una suerte de recuento riguroso de la trayectoria de las Técnicas de Investigación Documental I, II, III y IV sino un retorno espiritual y sentimental a los inicios de nuestra formación como Licenciados en Historia y como historiadores. El pequeño libro contiene la Memoria de Ascenso del Profesor Luis Peña Sánchez (1950-1986), además de anotaciones sobre las fichas de trabajo y las normas para reseñar las fuentes primarias y secundarias realizadas por profesores de la Escuela de Historia.

Luis Peña evalúa los aportes historiográficos del positivismo, de la Escuela de los Anales y del marxismo al desarrollo de la ciencia histórica. Expone qué es la presentación resumida, el resumen analítico y el análisis crítico. Didácticamente describe la ficha, sus diversos tipos y el fichero. Se adentra en el estudio del plan biográfico (donde se reflexiona sobre el papel del individuo en los procesos históricos); el plan morfológico (problemas de periodización y evolución histórica de instituciones y formas históricas); el plan comparativo (la búsqueda de semejanzas y diferencias en dos o más objetos con objetivos comunes); y el plan cuadro (complejidad del estudio del hecho histórico, su unidad y diversidad).

Peña hace el recuento de las técnicas de investigación documental tanto tradicionales como las más recientes: desde el documento manuscrito hasta la entrevista, el *dato* electrónico o fotográfico.

Cuando nos preguntábamos por los años setenta para qué estudiar la carrera de Historia, cuál era la utilidad de esta disciplina, nuestros profesores traían a colación, para ser discutidas en clases, las obras de Edward Hallett Carr, Marc Bloch o J. L. Plum. De éste último autor recuerdo casi de memoria el siguiente texto:

El quehacer del historiador es ahondar en el conocimiento del hombre y las sociedades, no por puro afán de acumular datos, sino con la esperanza que un conocimiento más profundo y una conciencia más honda de la realidad contribuirán a reformar las creencias y los actos de los hombres. El conocimiento y el entendimiento no deben desembocar en la negación sino en la acción (Peña, 2000, p. 28)

Un poco más adelante leeríamos en Don Augusto Mijares que el historiador no estudiaba un pasado muerto sino aquel que estaba vivo todavía, que podía contribuir a mejorar nuestra vida presente. Si nos interesaba de alguna forma el pasado lejano, y aparentemente muerto era porque nos asediaban las inquietudes de la palpitante actualidad que aspirábamos cambiar.

Luis Peña nos recuerda que no puede haber trabajo histórico científico si somos incapaces de conceptualizar, abstraer y comprender las ideas de otro sin tergiversar su sentido original. Muchas veces leemos reseñas y reseñas bibliográficas donde quien las escribe arremete contra un autor y su obra sin tomarse la molestia primero de sintetizar sus ideas fundamentales.

Peña nos recuerda que sin plan, sin interrogantes, sin hipótesis, sin problemas a demostrar no hay investigación histórica. Lo otro es acumulación de datos, pura crónica sin sentido, mera narración. También reivindica el papel del historiador en el estudio del pasado. Sin negar que los hechos históricos sean una realidad que existe independiente del historiador, destaca cómo el historiador como sujeto que interroga al tiempo en un momento y lugar determinado, es quien formula las preguntas, selecciona sus datos y escribe su versión de los acontecimientos o procesos. El pasado no llega a nosotros sino mediante la lectura que de los tiempos pretéritos hace el historiador. Entonces, las circunstancias en que vive el historiador, su formación, su cultura, ideología y puntos de vista influyen considerablemente en su comprensión del ayer que ha estudiado. La teoría, la epistemología, la metodología, las técnicas de investigación documental intentan depurar o controlar al máximo estas variables pero es que el objeto y el sujeto de estudio son *humanos, demasiado humanos* —como dijera Nietzsche— para que no se enamoren o se influencien mutuamente.

Toda obra histórica está delimitada por la historicidad en la cual se concibió y publicó. Si bien buena parte del texto ha resistido el paso del

tiempo, otras hay que ponerlas al día. Por ejemplo, las técnicas de descripción bibliográfica y documental han sido superadas. Existen muchos modelos, pero se han ido generalizando las Normas de Catalogación Angloamericanas utilizadas predominantemente en las Bibliotecas y Archivos de todo el mundo y las APA traducidas y adaptadas a las circunstancias venezolanas por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador y conocidas popularmente como el Manual de la UPEL.

PINO ITURRIETA, Elías. 2003. *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*. Madrid: Los libros de la Catarata. Por Cristina Marcano.

No resulta sencillo discernir irracionalidad y desvarío, en una percepción colectiva devenida en dogma y tradición. En una creencia aprehendida como justa y natural. Y, menos aún, si el pensador proviene de la sociedad misma a la que analiza. Con *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*, el historiador Elías Pino Iturrieta asume el reto y logra la distancia precisa para desentrañar las desviaciones que ha producido y produce en Venezuela la sacralización del hombre de carne y hueso que fue Simón Bolívar. Si acaso la sacralización, como nos advierte, no es ya una desviación en sí misma.

A propósito de los tiempos que corren y de la exaltación cotidiana desde la esfera pública de un todopoderoso Bolívar deificado al máximo y que –según la versión oficial– es capaz de guiar por igual la Independencia en el siglo XIX y la pretendida revolución del presidente Hugo Chávez en el siglo XXI, el autor se plantea mostrarnos *la enfermedad provocada por el culto y la necesidad de tratarla con la debida urgencia* (p. 24). Se trata de un padecimiento del que se ocupa movido por la utilización que estaría haciendo el actual mandatario de la figura de Bolívar, como lo expresa él mismo al inicio de su obra.

Pino Iturrieta selecciona episodios clave de la historia de la veneración pública y popular del Libertador –que bien podrían inscribirse en el realismo mágico– para mostrarnos primero cómo se fue construyendo el mito y luego emprender, desde allí, su descarnado diagnóstico. Lo hace con la destreza del curtido historiador que es y con la ejercitada pluma del columnista que cada semana acostumbra sembrar inquietudes desde las páginas del diario *El Universal*. Miembro de la Academia Nacional

de la Historia de Venezuela y especialista en el siglo XIX venezolano, el autor —que actualmente dirige el Instituto de Investigaciones Históricas en la Universidad Católica Andrés Bello— afronta su ensayo con grandes dosis de ironía, que dan vigor a sus páginas y convocan a la reflexión más profunda.

En orden cronológico, el historiador nos va mostrando uno a uno los síntomas de la “enfermedad”, articulándolos con extraordinaria fluidez, desde el primer brote registrado en 1832 cuando los pobladores de San Fernando de Apure convocan el manto protector de Bolívar, apenas a dos años de su fallecimiento, para conjurar una inundación, y el traslado de sus restos a Venezuela diez años después (1842), cuando “se puede establecer una relación nítida entre esa suerte de religión cívica y las gestiones oficiales” (p. 25); hasta el discurso y la acción oficial de nuestros días. Lo hace valiéndose, como el mismo lo indica, de los “testimonios que parecieron más evidentes para mostrar los perjuicios que puede acarrear a la sociedad la sobrestimación de los pasos de un héroe por la historia” (p. 9), registrados en una extensa bibliografía que abarca casi un centenar de libros.

De entrada advierte que no se trata de un alegato contra el prócer, aunque al final asome alguna pertinente crítica, sino contra lo que denomina “bolivarianismo desorbitado”. La guerra, asegura, “es contra los pontífices que se anuncian como sucesores y continuadores del grande hombre mientras martirizan a sus pueblos o los conducen al precipicio” (p. 11). No oculta, pues, sus juicios. El académico, que ha ventilado públicamente sus preocupaciones e inclinaciones políticas, no pretende vendernos una falsa objetividad. Por el contrario, advierte que la subjetividad sirve a uno de los propósitos declarados de su ensayo: provocar “suficientes ronchas”, polemizar al extremo de que “el asunto llame la atención de los acólitos cautivos” (p. 13). Tal vez, una aspiración desmedida, dada su identificación con la oposición y la previsible resistencia de los “acólitos” a asomarse a un texto que, sin duda, estimarían como *antichavista* desde la introducción misma.

Advirtiendo en principio que la búsqueda de una figura que encarne “un imprescindible espíritu nacional” (p. 18) es inherente a los pueblos y no necesariamente patológica, Pino Iturrieta detalla, con vena filosófica, cómo en el caso venezolano el reconocimiento al héroe de la Independencia fue

derivando en una liturgia, estimulada por varios gobernantes. No se trata de una novedad y no pretende que lo sea. Él mismo destaca los aportes al tema de libros capitales como *El Culto a Bolívar* de Carrera Damas. Para hablar de “la enfermedad provocada por el culto”, parte de una explicación detallada—y razonada—del culto mismo. Se sirve entonces de las radiografías hechas para meter el dedo en la llaga y llevar al lector a atestiguar en sus páginas el desvarío producido por las exaltaciones extremas.

Para ello se pasea por figuras clave en la promoción del culto desde el gobierno, identificando sumos sacerdotes como José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco, Juan Vicente Gómez, Eleazar López Contreras y, por último, el actual jefe de Estado, Hugo Chávez —en opinión de Pino Iturrieta— el más delirante de todos, a cuya peculiar visión del prócer y de la historia venezolana le dedicará gran parte del libro.

Con el manejo de la repatriación de los restos del Libertador, Páez se erige como el primer párroco de la liturgia y hace énfasis en que es por su voluntad que el pueblo puede “postrarse ante el héroe” (p. 26). Más adelante, Guzmán Blanco dispone la construcción del Panteón Nacional en la antigua Iglesia de la Santísima Trinidad. Las cenizas de Simón Bolívar se ubican entonces donde estuvo el altar en una simbólica transferencia. La operación, resalta el autor, “coloca a Bolívar en el lugar de la Divina Majestad” (p. 26). El héroe queda deificado de manera oficial. Ya en el siglo XX, Juan Vicente Gómez “se muestra convencido de su rol de albacea y heredero de las glorias bolivarianas” (p. 119), llegando además al extremo de sacralizar un árbol: en un claro exceso tiene la ocurrencia de declarar al Samán de Güere “el Dios de los venezolanos” (p. 121). En López Contreras la utilización del héroe para un control político se hace evidente a través de la vinculación simbólica entre los obreros y Bolívar, y un López Contreras benefactor de los obreros.

Pero no sólo los políticos abonan la liturgia. De ello se encargarán también religiosos, intelectuales e incluso historiadores a través de dos siglos. Pino Iturrieta cuestiona las interpretaciones que ven “un eclipse” en la historia venezolana después de 1830. Alude aquí a reconocidas plumas como las de Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri y José Luis Salcedo Bastardo. Y rescata la visión de Mario Briceño Iragorry, quien —pese a mostrarse entusiasta de la religión patriótica— supo advertir sobre “una primera

enfermedad provocada por la excesiva adoración del héroe" (p. 141), de consecuencias claramente perjudiciales, y avanzó una tesis: el venezolano "cree en la función providencial de los hombres que mandan porque no cree en sí mismo" (p. 144). Al fenómeno nacional se suman los elogios de otras latitudes. Y *El Divino Bolívar* se detiene en casos emblemáticos de la utilización del nombre del héroe venezolano en la Europa del siglo XIX para apuntalar las ideas que sostenían la lucha contra el absolutismo.

Por otra parte, el autor no pierde de vista que se trata de un culto que además de sacerdotes, cuenta también con inquisidores, provenientes muchos de la Academia Nacional de la Historia, no por coincidencia fundada en un día de San Simón en 1888, y otros, más adelante, de la Sociedad Bolivariana, creada en 1936. Cualquier opinión crítica de la deidad será fustigada e incluso suprimida. La más simple observación de una mínima equivocación en la trayectoria del "superhombre" es considerada traición.

Mención aparte merece el capítulo titulado "La Salud de Hércules", dedicado al escándalo desatado en 1916 a raíz de la publicación en un semanario de los apuntes del médico Diego Carbonell sobre la salud del prócer. Pino Iturrieta nos narra cómo es percibido el "Cuadro sintomático del mal comicial en Bolívar", en el que Carbonell asoma la posibilidad de que el Libertador hubiera sido epiléptico. Los frágiles argumentos del galeno no son descartados entonces por razones científicas, sino porque constituyen una afrenta al Dios. Aunque en el debate llegue a terciar un Luis Razzeti, de quien cabría esperar en todo caso una descalificación más científica.

Una vez expuesta la evolución del culto y las manipulaciones que se han hecho de la figura del llamado Padre de la Patria, Pino Iturrieta entra con fuerza en el vértice de su ensayo: la denuncia de las patologías derivadas del culto. En particular, la gran patología que se evidenciaría con múltiples manifestaciones en el actual gobierno de Hugo Chávez. Llegado al punto cardinal, el historiador arremeterá sin eufemismos contra el ex teniente coronel que saltó a luz pública en 1992, al frente de una sublevación militar que justificó en nombre de Bolívar. El golpista, advierte el autor, proviene de un pueblo -y actúa ante un pueblo- en el que además de la matriz impuesta desde arriba, el imaginario popular también ha hecho lo suyo, animando un Bolívar predestinado por Dios, semejante a

Cristo, que aún manda desde el más allá y es antipolítico, como se deriva del culto a María Lionza.

El autor parte de una pregunta: ¿acaso se llegará a buen puerto cuando los navegantes se aferran a una fantasía, a una negación de la realidad inmediata debido a que se atienen al fanal de un hombre limitado a su tiempo por causas inherentes a su humanidad y muerto por razones obvias?, y asoma el contenido de las páginas que se avecinan al señalar que la inquietud “se tornará más dramática cuando veamos cómo un individuo formado en el cuartel llega en nuestros días a la Presidencia de la República, después de asociarse al culto popular para hacer de la idolatría un desatino de mayores proporciones” (p. 180). A partir de aquí las líneas de *El divino Bolívar* adquieren tono de asombro y denuncia.

Para Pino Iturrieta hay una característica fundamental que diferencia al actual presidente venezolano del resto de los sacerdotes del culto. Hugo Chávez no intenta una manipulación, nos dice. Cree en lo que predica. De otra manera no podría explicarse una ocurrencia que data del tiempo en que el ex golpista, ya liberado, se ejercitaba como candidato: en las reuniones de su Movimiento Bolivariano Revolucionario el ex oficial acostumbra dejar una silla vacía a su lado que nadie podía ocupar. La razón es de realismo mágico. “La ha reservado —apunta el autor— para Simón Bolívar, cuyo espíritu orientará los debates iluminando el entendimiento de los revolucionarios” (p. 182). Hay más gestos de este Chávez, que viene practicando la apología del héroe desde su época de cadete, que abonan la tesis de su peculiaridad ante el mito. “El hecho de colocar bajo la advocación del héroe la intentona contra el régimen del presidente Carlos Andrés Pérez y la organización política que edifica más tarde, tampoco reflejan un manejo utilitario sino redonda credulidad en las potencialidades del hombre-luminiscencia” (p. 185).

Del minucioso examen de los escritos del ex comandante —*El libro Azul. El árbol de las tres raíces y El brazalete tricolor*— el autor nos habla de un hombre que fabrica “un cordón umbilical que lo junta a Bolívar” (p. 187), al maestro Simón Rodríguez y al líder federalista Ezequiel Zamora, y de allí pretende forzar un sistema ideológico que no es tal. La principal idea que se desprende de *El Brazalete tricolor* es “la misión del ejército en el proyecto [de Chávez], como parte de un mandamiento que se remonta a la época de la Independencia” (p. 196). A la luz del análisis de Pino

Iturrieta, el documento destila militarismo por todos lados. Para Chávez, nos dice el historiador, “las leyes de la historia nacional han conducido a una guerra infinita que puede encontrar desenlace en la única criatura de trascendencia que trae esa historia al mundo y a la cual se puede dar absoluto crédito por su abolengo libertario: el ejército que retorna a la acción para lavar el honor de la “humillada madre [...] el ejército representa la continuidad de la gesta emancipadora y la culminación de una obra pendiente” (p. 198).

El ex teniente coronel excluye de su valoración de la historia la experiencia civil y reduce la historia misma a la de los hombres de armas. Algunos hombres de armas. “No advierte ninguna evolución del ejército, hasta el punto de juzgarlo como el mismo que ganó la batalla de Carabobo” (p. 199). Pino Iturrieta sintetiza la nuez del pensamiento del mandatario venezolano de la siguiente manera: “En la cabeza de Chávez ocupa gran espacio el papel redentor de las milicias y la marcha de la sociedad entendida como una batalla. En su mensaje los hombres de armas no están para cumplir un rol de cohabitación, la misión que recientemente habían desempeñado en la evolución de la democracia venezolana, sino para reanudar las faenas de la Independencia” (p. 201). Con gran agudeza, el autor nos va mostrando cómo Chávez magnifica los elementos del pasado que le convienen, desenfoca el resto y pretende erigirse como heredero del Dios particular de los venezolanos. Sus dictados son los de Bolívar. “¿No es él un nuevo mensajero del Padre? ¿No se siente y ofrece como hijo único del Libertador?”, se pregunta el académico con una interrogante que es a la vez una clara respuesta afirmativa.

Dentro de esta construcción resulta más que interesante —y Pino Iturrieta así lo transmite— el significado que Chávez le otorga a su propio linaje. Biznieto del guerrillero antigomecista Pedro Pérez Delgado, mejor conocido como Maisanta, Chávez “no sólo encuentra en su ancestro hechos proverbiales, sino la posibilidad de un apoyo doctrinario” (p. 209). Quiere también seguir los pasos del antepasado como si un siglo hubiera transcurrido en vano. Y aquí vislumbra el autor una de las más graves distorsiones de la concepción *chavista*: la mutilación de décadas enteras de historia. Para Chávez, nos dice en un elaborado y esclarecedor capítulo, “hay un oscuro vacío entre los fastos de la Independencia y la hora de su participación en la vida pública. Apenas algunos sucesos de la Guerra Federal y el ejemplo

de Ezequiel Zamora reproducido en Maisanta son dignos de rescate en el declive posterior a la muerte de Bolívar” (p. 213). Es la negación del siglo XX. La historia, un árbol podado a conveniencia.

De su recortada visión del país—“oscuro boceto” lo llama el autor—Hugo Chávez llega a “su propuesta favorita: la refundación. Como nada ha servido, todo debe hacerse de nuevo...” (p. 216) Pino Iturrieta ha descifrado la retórica del polémico mandatario, la traduce y nos entrega su significado último: “se hará una amputación en nombre del Libertador”. (p. 218) De ahí su alarma y el apasionamiento de sus últimas líneas. “... es evidente la enormidad de la ceguera negada a descubrir la metamorfosis de una sociedad que logra cohabitar civilizadamente durante 50 años...” (p. 219). Una experiencia de sociedad que como ha traicionado, en la mente de Chávez, los ideales de Bolívar, debe ser suprimida. Se trata de una visión que se pervierte aun más con el ejercicio del poder. *El divino Bolívar* se detiene en el análisis del simbolismo de la ceremonia de juramentación de los Círculos Bolivarianos, percibida en un primer momento como un acto político más, y no se anda con eufemismos al calificarla de “colosal escena de manicomio” (p. 226.) He aquí a un Bolívar que ya no cobija a todos sus hijos. Se produce entonces una apropiación sectaria del mito.

En estos tiempos que corren no sobra la advertencia de Pino Iturrieta sobre la significación del cambio de denominación de la nación dispuesto por la Constitución de 1999. La nueva *República Bolivariana de Venezuela*, según el académico, se inscribe en la línea de la amputación de la historia. Es un tirar al cesto de la basura el antes y el después de la Independencia. Los fundadores de la nacionalidad no son más que traidores al ideal de Bolívar. “La Constitución dispone la metamorfosis de la historia de Venezuela por la historia de Simón Bolívar” (p. 238). Hugo Chávez ha dispuesto e impuesto, como ningún otro gobernante, “la identificación absoluta entre un pueblo [el pueblo *chavista*] y su deidad nacional”.

Después de plantearnos de manera clara las perversiones del mito, el autor nos plantea oponer la razón a tanto simplismo. Deconstruir definitivamente el culto a este Dios venezolano y aproximarnos más si no al ateísmo —no en balde el epígrafe del libro con las palabras de Mnemosina a Hesíodo: se puede hablar entre los hombres sobre el destino sin la interferencia de los dioses...— al menos, al politeísmo. “Existen buenas razones para considerar a Bolívar como un valor genuino de la nacionalidad, pero también para

pensar en la rotunda imposibilidad de anexarle la calidad de faro perpetuo [...] estamos ante un personaje de trascendencia universal, pero no frente a la linterna de la eternidad” (p. 244). Pino Iturrieta nos propone con su agudo ensayo una visión holística del pasado y no una percepción del país hecha de recortes y monoteísmo. Defiende entonces adoptar y reconocer en nuestra Historia a todos los hombres –*ángeles y demonios*– que la han construido. “El politeísmo no sería ahora una multiplicación de dioses, sino el testimonio de que la sociedad se eleva por propia decisión a los altares porque requiere que muchos de sus semejantes y muchas de sus épocas la representen y exhiban sus conquistas”. (p. 250).

El divino Bolívar es un hondo alegato a favor de la heterogeneidad, la complejidad y la razón. En momentos en que el nombre de Simón Bolívar retumba en cada discurso, en tiempos de tantos discursos, el ensayo de Elías Pino Iturrieta resulta un libro imprescindible.

SOSA ABASCAL, Arturo. 2001. *Rómulo Betancourt y el partido del pueblo, 1937-1941*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello y Fundación Rómulo Betancourt. Por Ricardo Villasmil Bond.

Rómulo Betancourt y el Partido del Pueblo es el libro más reciente de Arturo Sosa en torno a un tema que ya le es habitual: la vida y obra del más destacado fundador de la política moderna en Venezuela y que en el proceso llegó a ejercer dos veces la máxima jefatura del país.⁸ En esta ocasión, su objetivo es indagar los orígenes de Acción Democrática (AD), y para ello, reconstruye la gestación de su precursor, el Partido Democrático Nacional.

El libro está estructurado en dos grandes bloques. El primero presenta las distintas fuerzas que influyeron en la conformación del PDN. En este primer bloque, el autor dibuja el origen del PDN como el resultado de la conjugación de fuerzas internacionales, nacionales, ideológicas y personales.

⁸ Sus obras previas en torno a Betancourt son: *La evolución de las ideas políticas originales del proyecto político de Acción Democrática, 1928-1941* (1984), *Apuntes sobre el pensamiento educativo de Acción Democrática: sus raíces e ideas básicas entre 1936 y 1948* (1978), *La política social en Rómulo Betancourt* (1989), *Evolución de la idea de partido político en Rómulo Betancourt entre 1935 y 1937* (1991), *El programa nacionalista, izquierda y modernización* (1994) y *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla. Los orígenes marxistas del proyecto de AD, 1928-1935* (1981).

Entre las primeras, el autor destaca en orden de importancia el *New Deal* y la política del buen vecino del Presidente Roosevelt hacia Latinoamérica, las políticas de la Internacional Comunista y sus implicaciones para la definición de la actuación de las organizaciones comunistas en el continente americano, el avance del fascismo y el nazismo, y la experiencia republicana española, la subsiguiente guerra civil, y el inicio de la dictadura en ese país. Entre las de origen interno el autor destaca las condiciones económicas, políticas y sociales del país que inspiran y condicionan el nacimiento y las primeras acciones del partido. Entre estas destaca la precariedad económica y social del venezolano promedio (al que más tarde se referiría como el hombre olvidado) y a su juicio no menos degradante la exclusión política de éste. Y finalmente, el autor se adentra en los rasgos personales y en la formación política de los líderes más importantes del partido, entre los cuales destaca Betancourt. Con la incorporación de estos últimos, el autor busca deslindarse de las visiones socio-estructurales para analizar los orígenes de esta organización política.

El segundo bloque estudia el Partido como tal. Describe y analiza su contenido doctrinario y su vinculación con partidos del mismo género en el exterior. Estudia, además, al partido en términos de su organización interna y en lo relativo a lo que representa su rasgo más distintivo respecto a los partidos del siglo XIX venezolano: la insistencia de sus dirigentes en la disciplina y en la formación de sus miembros. En cuanto a esto último, el autor destaca con transparente admiración los distintos mecanismos a través de los cuales los dirigentes forzaban a sus miembros a adentrarse en el conocimiento de la realidad nacional e internacional y de su proceso histórico, de las distintas doctrinas políticas mundiales y de las propuestas y discusiones programáticas del partido. De allí pasa a exponer las imágenes que el pedenismo tenía, por una parte, del venezolano en términos de sus aspiraciones, necesidades y posibilidades, y por otra, de las acciones del régimen lopecista y de las organizaciones que competían con ella por el poder. De este contraste se desprenden las líneas medulares de la acción del PDN: su programa como partido con vocación de poder, la necesidad de provocar un deslinde con los comunistas y la estrategia del partido en el corto plazo en sus acciones frente al gobierno lopecista.

En torno a este último punto, el autor entra en lo que representa el aporte más valioso del libro en términos de lo que, a mi juicio, es una intenciona-

lidad oculta del autor: transmitir a las generaciones presentes el aprendizaje político obtenido a lo largo del proceso de gestación del PDN. El autor describe allí la posición del liderazgo "pedenista" —y nuevamente, Betancourt en particular— en términos de la estrategia que debía definir las acciones del partido en el corto plazo (la "política de convivencia" con el régimen lopecista, las alianzas con otros partidos, entre otras) para cumplir con el objetivo de ampliar los espacios de actuación democrática y convertirse en opción de poder en el futuro.

Este segundo bloque culmina ofreciendo la posición internacional del PDN frente a la guerra europea y frente a los EEUU, la cual parte de reconocer dos cosas: que el enemigo principal es el nazi-fascismo y su extensión al continente americano, y que la manera de mejorar la posición de América Latina en sus relaciones con los EEUU es mediante la acción conjunta de los latinoamericanos en torno a este objetivo.

Tal y como mencionamos arriba, la idea principal del libro —y a la vez intención manifiesta del autor— es mostrar el surgimiento del PDN como el resultado de la conjugación tanto de fuerzas objetivas externas e internas como de la nada despreciable influencia de la ideología y de los rasgos personales de los actores involucrados en el proceso. Para defender esta posición que lo distancia de las visiones socio-estructurales, el autor hace uso extenso de documentos internos del partido, de la correspondencia entre sus líderes y de artículos de opinión escritos por éstos, hecho que se facilita en virtud de la riqueza de los Archivos de Rómulo Betancourt, en primer lugar, y de Juan Bautista Fuenmayor de manera complementaria, junto con otras fuentes y entrevistas personales que son utilizadas por el autor para colocar al lector en el contexto nacional e internacional del momento. El estudio se convierte así, en un trabajo que se ubica en la corriente de la historia de las ideas en Venezuela, y de las ideas políticas en particular. El autor logra este objetivo de manera admirable. Asimismo, invita al lector a convencerse de la importancia de la ideología y la influencia de individuos de carne y hueso en el proceso histórico, todo ello sin arrinconarlo utilizando un lenguaje accesible al público general.

El autor hace grandes esfuerzos, además, por mantener el trabajo en tiempo y espacio históricos, es decir, por describir y analizar los hechos sin dejarse contaminar por lo que va a ocurrir una vez transcurridos éstos. Así, el autor evita cualquier referencia a Acción Democrática y al espacio

que ella ocupa más tarde en la sociedad venezolana. Y lo mismo aplica a los actores del proceso. El trabajo se circunscribe a los cuatro años de vida del PDN (1937-1941). La organización del trabajo, como ya vimos, no es cronológica sino temática. A nuestro juicio, ello permite al autor realizar un análisis más completo y a la vez más organizado. El trabajo se describe a sí mismo como un trabajo original, ya que se reconoce como el primer análisis del surgimiento del PDN en el que se revisan las fuentes primarias desde la perspectiva de la historia de las ideas políticas. Bajo esta misma perspectiva se analiza la forma en la cual el PDN concibe el pueblo como sujeto a ser representado en el marco de un sistema democrático.

Lo único hasta cierto punto criticable, es la abundancia de citas, muchas de ellas bastante extensas. Esta característica, que aparece en otras obras del mismo autor, ciertamente contribuye a brindar mayor solidez académica a sus argumentos, pero a costa de un alto precio en términos de fluidez en la lectura.

VIRTUOSO, Francisco José. 2001. *La crisis de la catolicidad en los inicios republicanos de Venezuela (1810-1813)*, Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 187 pp. Por Carlos Izzo.

Con prólogo de Elías Pino Iturrieta, este trabajo de Francisco José Virtuoso constituye un estudio muy bien planificado sobre la evolución de la idea de *Catolicidad* en el arzobispo Narciso Coll y Prat, apoyado en fuentes extraídas del Archivo Arquidiocesano de Caracas, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica Andrés Bello, los Boletines de la Academia Nacional de la Historia y la Biblioteca Nacional.

Virtuoso advierte que el interés de su trabajo no es la Iglesia Católica en sí misma, sino la situación caótica a la que se vio sometido el modelo social de una nación católica como la venezolana, con el advenimiento de la Independencia. Se trataba de un paradigma de convivencia social basado en pautas religiosas y morales impartidas por la religión católica, el cual entró en crisis con la emancipación venezolana. Los acontecimientos de una época turbulenta como ésta, constituyen una implicación más del inicio de la modernidad en la que se sientan las bases de nuestro laicismo

de hoy: "...esta investigación pretende situar la génesis del actual modo de concebirnos como sociedad secularizada. Génesis que arranca de la crisis de la Catolicidad" (pág. 19). En este sentido, un estudio sobre el pasado ofrece sus aportes al presente al dar cuenta de las bases históricas que hacen posible nuestra actual concepción como conglomerado social. Se trata de un trabajo novedoso y esclarecedor dentro de la historiografía nacional que nos revela aspectos desconocidos hasta ahora.

El texto se divide en tres partes: la primera delimita las ideas de la catolicidad en la sociedad venezolana entre 1810-1812; la segunda contempla la influencia del Enciclopedismo en el pensamiento criollo; y la última expone los casos de algunos sacerdotes y religiosos venezolanos dominados por el peso de sus pasiones. Como complemento enriquecedor de su trabajo, Virtuoso ofrece tres anexos extraídos de los legajos de Coll y Prat conservados en el Archivo Arquidiocesano de Caracas. Se trata de datos acerca del número de bautizados en la Diócesis de Caracas en 1807, los ministros sacerdotales entre 1810 y 1813 y las comunidades de religiosos adscritos a esta unidad administrativa eclesiástica, durante el mismo período.

"Las ideas de la catolicidad en la sociedad venezolana entre 1810-1812" recoge diversas concepciones sobre el modelo social católico en Venezuela. La primera noción examinada es la de Coll y Prat que concebía un tipo de organización social cimentado en la religión católica. Esta formulación se bifurca en dos fases. La víspera de la llegada del Arzobispo a Caracas se ilustra con el discurso "Cuáles fueron los caracteres principales de los catalanes al tiempo de nuestros condes" (22/03/1805). El arribo y estadía del jerarca para el período Agosto-October 1810, nos presenta diversas tesis expuestas en las Pastorales del 15/08/1810 y del 24/10/1810: el derecho divino de los reyes, la fidelidad al monarca español, el llamado a la conversión a través de la penitencia. La Junta Suprema toma en cuenta la preocupación de Coll acerca de los peligros que corre la sociedad venezolana y le manifiesta su respaldo. Por eso en comunicación del 05/02/1811 lo invita a continuar su campaña a favor de una sociedad cimentada en el dominio del catolicismo nacional, amenazado por la aspiración a la libertad religiosa y los vicios sociales. El Discurso de Coll en el Supremo Congreso de Venezuela, el día 02/03/1811, propone que la religión sea el fundamento de la felicidad pública. Esta propuesta fue aceptada por los congresantes el mismo día,

quienes rechazaron toda posibilidad de una sociedad más tolerante, tal como lo testimonia la *Gaceta de Caracas* del 08/03/1811. Otra formulación examinada es la Catolicidad del nuevo gobierno (Enero-Marzo de 1811), la cual sólo admite al catolicismo como religión exclusiva de la sociedad venezolana, tal como era la voluntad de Coll y Pratt.

Dentro de las concepciones de la catolicidad contrarias a la posición de Coll, destaca una nueva versión: la sociedad tolerante (1810-1811). Para esa época, tesis como la tolerancia religiosa, la desacralización de la monarquía, la separación de la Iglesia y el Estado circulaban en Venezuela. Tal como Michel Foucault desempolva una gran cantidad de obras olvidadas en *Las Palabras y las Cosas* para dar cuenta de las mutaciones del saber occidental, Virtuoso realiza un inventario de autores, libros y documentos desconocidos o no, que impregnaban la sociedad venezolana con las ideas de la Ilustración: *Emilio* y *El Contrato Social* de Rousseau, *Carta sobre la Tolerancia* de Locke; *El Espíritu de las Leyes* de Montesquieu, la Constitución de los Estados Unidos de América, la traducción de *La Historia concisa de los Estados Unidos desde el descubrimiento de América hasta 1807* de M'Culloch por Manuel García de Sena y su obra *La Independencia de la Costa Firme justificada por Thomas Paine, Treinta años Ha, Ciencia de la legislación* de Cayetano Fillangeri, William Burque con *Derechos de América del Sur y México* y *La tolerancia de cultos*. La siguiente versión la constituye la Constitución de 1811 que integraba las nociones de tolerancia y catolicismo tradicional, al estilo de Coll. La última formulación examinada por Virtuoso es el catolicismo republicano, la religión católica en función del proyecto de sociedad independiente que estaba en gestación. La lectura republicana del catolicismo englobaba el esfuerzo de todos los que buscaban unir religión y libertad: Juan Germán Roscio en *El Patriotismo de Nirgua* desmonarquizaba al catolicismo y lo presentaba como religión de la libertad, de los derechos humanos y del gobierno republicano; otro escrito de Burke *Los católicos de Irlanda* animaba a los caraqueños ser defensores de la libertad contra la tiranía monárquica; en 1812 el Congreso de la República promulga la eliminación de la Inquisición; diversos escritos interpretaban el terremoto de 1812 como un efecto de la naturaleza frente a los supersticiosos, entre éstos se encuentran el "Manifiesto de la Cámara de Representantes del Congreso Nacional al

pueblo del Estado Soberano de Caracas” del 09/04/1812 y la reflexión publicada en la *Gaceta de Caracas* el 25/04/1812.

“La Filosofía, pecado de la catolicidad” continúa el examen del pensamiento de Coll, poco después del terremoto de 1812 hasta la llegada de Monteverde. La revisión de la Pastoral publicada por el Arzobispo en fecha 01/06/1812, con motivo del fenómeno telúrico constituye uno de los ejes fundamentales del capítulo. Virtuoso vincula su contenido con la lectura que la jerarquía católica de Caracas hizo de los pecados públicos años antes: Providencias del Obispo Mariano Martí, la Pastoral del 28/07/1797 de Fray Antonio de la Virgen María y Viana, las Pastorales de fechas 08/11/1800, 12/04 y 12/05/1806 emitidas por Monseñor Francisco de Ibarra. Para completar este cuadro, el autor examina doce casos de incredulidad denunciados ante la Inquisición entre 1789 y 1796. Para Coll, estos pecados se deben a la falsa filosofía que alimenta a una sociedad que quiere verse libre de los designios de Dios y que para más desgracia proviene de la propia metrópoli: “... la nueva filosofía en Venezuela, aunque española” (pág. 137). Virtuoso cita la Pastoral del 01/08/1812 en la que el Arzobispo Coll expone sus esfuerzos por restaurar la catolicidad, mediante dos medios: el destierro de la filosofía impía y la corrección del clero en las desviaciones de su ministerio.

“Crisis entre los ministros de la catolicidad” presenta una geografía eclesiástica de la Diócesis de Caracas, los fundamentos doctrinales de la teología sacerdotal venezolana durante el lapso 1810-1813 (el “Catecismo de Pío V”, la “Selva de materias predicables e instructivas” de Alfonso María Ligorio, el “Examen de Conciencia para los sacerdotes” según An- tonio Díez Madroñero y la Legislación del Sínodo de Caracas de 1687) y en cuyos procesos intervino Coll. El clero mundano y corrompido abarca una gran gama de diversos tipos: guerreros patriotas (Joseph Felix Roscio, Antonio Mosquera, Andrés Torrellas, José Félix Blanco); guerreros realistas (Clemente Peres, Fernando María Coronil); ministros que pelean con seglares (Mariano Puncel); sacerdotes que participan en bailes (Francisco Milano); curas que faltan al celibato (Santiago Salamanca y Joaquín María de Málaga); clérigos que dejan la sotana por los negocios (Josep Antonio Borges); alcohólicos (Andrés Gutiérrez y Domingo Nadal).

Virtuoso ha logrado un texto erudito, lúcido y revelador. La profusión de citas provenientes de tantas obras y documentos olvidados es sumamente enriquecedora. La claridad de la exposición hace de la lectura del libro un agradable ejercicio intelectual.